

*A secreto agravio,  
secreta venganza*



**CALDERÓN DE LA BARCA**

**Calderón de la Barca**

**A secreto agravio, secreta venganza**

**[bajalibros.com](http://bajalibros.com)**

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las

sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o

procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

ISBN 978-987-678-790-1

Publisher: Vi-Da Global S.A.

Copyright: Vi-Da Global S.A.

Domicilio: Costa Rica 5639 (CABA)

CUIT: 30-70827052-7



Pedro Calderón de la Barca  
A secreto agravio, secreta vengaza.

**Personas**

EL REY DON SEBASTIAN.  
DON LOPE DE ALMEIDA.  
DON JUAN DE SILVA.  
DON LUIS DE BENAVIDES.  
DON BERNARDINO, *viejo*.  
EL DUQUE DE BERGANZA.  
DOÑA LEONOR, *dama*.  
SIRENA, *criada*. MANRIQUE, *criado*.  
CELIO, *criado*.  
UN BARQUERO.  
ACOMPAÑAMIENTO.  
SOLDADOS.  
*La escena es en Lisboa, en las cercanías de Aldea Gallega y en otros puntos.*

## **Jornada primera**

*Vista exterior de una quinta del Rey*

### **Escena primera.**

EL REY DON SEBASTIAN, DON LOPE DE ALMEIDA,  
MANRIQUE, *acompañamiento*

DON LOPE  
Otra vez, gran señor, os he pedido esta licencia, y otra habéis tenido por bien mi casamiento; mas yo que siempre, a tanta luz atento, vivo en vuestro semblante, vengo a daros cuenta de mi elección, y a suplicaros que en vuestra gracia pueda colgar las armas, y que Marte ceda a Amor la gloria, cuando en paz reciba, en vez de alto laurel, sagrada oliva. Yo os he servido, y solamente espero esta merced por galardón postrero, pues con esta licencia venturosa hoy saldré a recibir mi amada esposa.

REY.  
Yo estimo vuestro gusto y vuestro aumento, y me alegro de vuestro casamiento; y a no estar ocupado en la guerra que en Africa he intentado, fuera vuestro padrino.

DON LOPE.  
Eterno dure ese laurel divino que tus sienes corona.

REY.  
Estimo en mucho yo vuestra persona. (*Vase el Rey y el acompañamiento.*)

### **Escena II**

DON LOPE, MANRIQUE.

MANRIQUE.  
Contento estás.

DON LOPE.  
Mal supiera la dicha y la gloria mía disimular su

alegría ¡Felice yo, si  
 pudiera volar hoy!  
 Al viento igualas.  
 Poco aprovecha; que el  
 viento es perezoso  
 elemento. Dírame el  
 amor sus alas, volara  
 abrasado y ciego; pues  
 quien al viento se  
 entrega, olas de viento  
 navega, y las de amor  
 son de fuego.

MANRIQUE. Para que desengañanne  
 pueda, creyendo que  
 tienes causa, dime a lo  
 que vienes con tanta  
 prisa.

DON LOPE. A casarme.  
 MANRIQUE. ¿Y no miras que es  
 error, digno de que al  
 mundo asombre, que  
 vaya a casarse un  
 hombre con tanta prisa,  
 señor? Si hoy, que te vas  
 a casar, del mismo  
 viento te quejas, ¿qué  
 dejas que hacer, qué  
 dejas cuando vayas a  
 enviudar?

### Escena III

DON JUAN DE SILVA, *en traje pobre*, DON LOPE,  
 MANRIQUE.

DON JUAN. (*Para sí.*) ¡Cuán  
 diferente pensé volver a  
 ti, patria mía, aquel  
 infelice día que tus  
 umbrales dejé! ¡Quién  
 no te hubiera pisado!  
 Pues siempre mejor ha  
 sido, adonde no es  
 conocido, vivir el que es  
 desdichado. Gente hay  
 aquí, no es razón verme  
 en el mal que me veo.

DON LOPE. Aguárdate. No lo creo.  
 ¿Si es verdad? ¿Si es  
 ilusión?

DON JUÁN. ¡Don Juan!  
 ¡Don Lope!

DON LOPE. Dudoso  
 de tanta dicha, mis  
 brazos  
 han suspendido sus  
 lazos.

DON JUAN. Deteneos, que es  
 forzoso que me defienda  
 de quien tanto honor y  
 valor tiene; que hombre  
 que tan pobre viene,

DON LOPE.

don Lope amigo, no es  
bien que toque (oh  
suerte importuna!)  
pecho de riquezas lleno.  
Vuestras razones  
condeno, porque si da la  
fortuna humanos bienes  
del suelo, el cielo un  
amigo da como vos: ¡ved  
lo que va desde la  
fortuna al cielo!

DON JUAN.

Aunque hacéis que  
aliento cobre, en mí  
mayor mal está. ¡Mirad  
cuán grande será mal  
que es mayor que ser  
pobre! Y porque mi  
sentimiento algún alivio  
prevenga, si es posible  
que le tenga, escuchad,  
don Lope, atento. A la  
conquista famosa de la  
India, que eligió para su  
tumba la noche y para  
su cuna el sol, amigos, y  
tan amigos, pasamos  
juntos los dos, que  
asistieron en dos  
cuerpos un alma y un  
corazón. No codicia de  
riqueza, sino codicia de  
honor obligó nuestros  
deseos a tan atrevida  
acción, como tocar con  
bajeles la provincia que  
ignoró por tantos años  
la ciencia, nunca creída  
hasta hoy. La nobleza  
lusitana de su fortuna  
fió naves, que ciertas  
exceden las fingidas de  
Jasón. Dejo esta  
alabanza a quien pueda  
con más dulce voz  
contar los famosos  
hechos desta invencible  
nación; porque el gran  
Luis de Camoens,  
escribiendo lo que obró,  
con pluma y espada  
muestra ya el ingenio y  
ya el valor en esta parte.  
Después, Don Lope  
invicto, que vos, por  
muerte de vuestro  
padre, volvisteis, me  
quedé yo, bien sabéis  
con cuánta fama de  
amigos y de opinión,  
que ahora perdidos  
hacen el sentimiento  
mayor. Pero en efecto es  
consuelo. ¡Ved si

desgraciado soy, que  
nunca le di, malquisto, a  
la fortuna ocasión!  
Había en Goa una  
señora, hija de un  
hombre a quien dio  
grande cantidad de  
hacienda codicia y  
contratación. Era  
hermosa, era discreta;  
que, aunque enemigas  
las dos, en ella hicieron  
las paces hermosura y  
discreción. Servíla tan  
venturoso, que merecí  
algún favor; pero ¿quién  
ganó al principio, que a  
la postre no perdió?  
¿Quién fue antes tan  
felice, que después no  
declinó? Porque son  
muy parecidos juego,  
fortuna y amor, Don  
Manuel de Sosa, un  
hombre (hijo del  
gobernador Manuel de  
Sosa) por sí de mucha  
resolución, muy  
valiente, muy cortés,  
bizano y cuerdo (que yo,  
aunque le quite la vida,  
no he de quitarle el  
honor), de Violante  
enamorado (que éste es  
el nombre que dio  
ocasión a mi ventura y a  
mi desdicha ocasión), en  
Goa públicamente era  
mi competidor. Poco  
cuidado me daba su  
amorosa pretensión;  
porque siendo, como  
era, el favorecido yo, la  
pena del despreciado  
hizo mi dicha mayor. Un  
día, que el sol hermoso  
saliera (¡pluguiera a  
Dios, sepultara eterna  
noche su continuo  
resplandor!), salió con el  
sol Violante: bastaba  
pedirle yo que aun el  
uno no saliera, para que  
salieran dos. De criados  
rodeada a la marina  
llegó donde estaba  
mucha gente, porque en  
aquella ocasión había  
llegado una nave al  
puerto, y su admiración  
ido causa a aqueste  
curso, y a mi  
desdicha la dio.

Estábamos en un carro  
de mucha gente los dos,  
todos soldados y  
amigos, cuando a la  
vista pasó Violante. Iba  
tan airosa, que allí  
ninguno dejó de poner  
el alma en ella, porque  
su planta veloz era el  
móvil que llevaba tras sí  
la imaginación. Dijo un  
capitán: -¡Qué bella  
mujer! -A quien  
respondió don Manuel: -  
Y como tal ha sido la  
condición. -Será cruel. -  
No por eso lo digo (le  
replicó), sino por ver  
que ha escogido, como  
hermosa, lo peor.-Yo  
entonces dije: -Ninguno  
sus favores mereció,  
porque no hay quien los  
merezca; y si hay  
alguno, soy yo. -Mentís  
(dijo). Aquí no puedo  
proseguir, porque la voz  
muda, la lengua  
turbada, frío el cuerpo,  
el corazón palpitante,  
los sentidos muertos y  
vivo el dolor, quedan  
repitiendo aquella  
afrenta. ¡ Oh tirano  
error de los hombres!  
¡Oh vil ley del mundo!  
¡Que una razón, o que  
una sinrazón pueda  
manchar el altivo honor  
tantos años adquirido, y  
que la antigua opinión  
de honrado quede  
postrada a lo fácil de  
una voz! ¡Que el honor,  
siendo un diamante,  
pueda un frágil soplo  
(¡ay Dios!) abrasarle y  
consumirle, y que  
siendo su esplendor más  
que el sol puro, un  
aliento sirva de nube a  
este sol! Mucho del caso  
me aparto, llevado de la  
pasión. Perdonad,  
vuelvo al suceso. Apenas  
él pronunció tales  
razones, don Lope,  
cuando mi espada veloz  
pasó de la vaina al  
pecho, tal que a todos  
pareció que imitaron  
trueno y rayo juntas mi  
espada y su voz. Bañado

en su misma sangre,  
muerto en la arena  
cayó, cuando para mi  
defensa tomé una  
iglesia, a quien dio en  
aquel sitio lugar la  
sagrada religión de  
Francisco; que por ser  
su padre el gobernador,  
me fue forzoso  
esconderme con tanto  
asombro y temor, que  
tres días un sepulcro  
habité vivo. ¿Quién vio  
que siendo el contrario  
el muerto, fuese el  
sepultado yo? Al cabo de  
los tres días, por  
amistad y favor, el  
capitán de la nave que a  
nuestro puerto llegó, y  
que a Lisboa venía, en  
ella me recibió una  
noche, cuyo manto fue  
de mi vida ocasión. En  
esta nave escondido  
estuve, hasta que el  
veloz monstruo del  
viento y del agua los  
piélagos dividió de  
Neptuno. ¡Injusto  
engaño de la vida! O su  
pasión no dé por infame  
al hombre que sufre su  
deshonor, o le dé por  
disculpado si se venga;  
que es error dar a la  
afrenta castigo, y no al  
castigo perdón. Hoy he  
llegado a Lisboa, adonde  
tan pobre estoy, que no  
osaba entrar en ella.  
Éstas mis fortunas son,  
ya no tristes, sino  
alegres, pues me dieron  
ocasión de llegar a  
vuestros brazos. Éstos  
mil veces os doy, si un  
hombre tan infelice  
puede merecer de vos,  
¡oh gran don Lope de  
Almeida!, tal merced,  
honra y favor.

DON LOPE.

Atentamente escuché,  
don Juan de Silva, las  
quejas, que en lágrimas  
anegadas dais desde el  
pecho a la lengua, y  
atentamente he pensado  
que no hay opinión que  
pueda, por más sutil que  
discurra, tener dudosa  
la vuestra. ¿Quién, en

naciendo, no vive sujeto  
a las inclemencias del  
tiempo y de la fortuna?  
¿Quién se libra, quién se  
excepta de una  
intención mal segura, de  
un pecho doble, que  
alienta la ponzoña de  
una mano y el veneno de  
una lengua? Ninguno.  
Sólo dichoso puede  
llamarse el que deja,  
como vos, limpio su  
honor y castigada su  
ofensa. Honrado estáis:  
negras sombras no  
deslustren, no  
oscurezcan vuestro  
honor antiguo, y hoy en  
nuestra amistad se vea  
la virtud de aquellas  
plantas, tan  
conformemente  
opuestas, que una con  
calor consume, y otra  
con frialdad penetra,  
siendo veneno las dos, y  
estando juntas, se  
templan de suerte, que  
son entonces salud más  
segura y cierta. Vos  
estáis tristes, yo alegre:  
partamos la diferencia  
entre los dos, y  
templando el contento y  
la tristeza, queden en  
igual balanza mi alegría  
y vuestra pena, mi gusto  
y vuestro dolor, mi  
ventura y vuestra queja,  
porque el pesar o el  
placer matar a ninguno  
pueda. Yo me he casado  
en Castilla, por poder,  
con la más bella mujer...  
(Mas para ser propia es  
lo menos la belleza).  
Con la más noble, más  
rica, más virtuosa y más  
cuerda que pudo en el  
pensamiento hacer  
dibujos la idea. Doña  
Leonor de Mendoza es  
su nombre, y hoy con  
ella don Bernardino mi  
tío llegará a Aldea  
Gallega, donde salgo a  
recibirla con tan  
venturosas muestras  
como veis; y un bello  
barco tan venturoso la  
espera, que juzga por  
perezosas hoy del

tiempo las ligeras alas;  
porque el bien que tarda  
no llega bien cuando  
llega. Ésta es mi dicha,  
mayor por ver cuánto la  
acrecienta vuestra  
venida don Juan. No os  
dé temor, no os dé pena  
venir pobre; rico soy; mi  
casa, amigo, mi mesa,  
mis caballos, mis  
criados, mi honor, mi  
vida, mi hacienda, todo  
es vuestro. Consolaos de  
que la fortuna os deja  
un amigo verdadero, y  
que no ha tenido fuerza  
contra vos quien os  
quitó ese valor que os  
alienta, esa alma que os  
anima, y este brazo que  
os defienda. No me  
respondáis, dejad las  
cortesanas finezas,  
entre amigos excusadas,  
y venid adonde sea  
testigo vuestra persona  
de la dicha que me  
espera; que hoy en  
Lisboa ha de entrar mi  
esposa, y estas tres  
leguas de mar (para mí  
de fuego) hemos de  
venir con ella; que de  
esotra parte está sin  
duda.

DON JUAN.

Pues no pretenda con mi  
humildad deslucirse,  
don Lope, vuestra  
nobleza, porque el  
mundo, no la sangre,  
sino el vestido, respeta.

DON LOPE.

Ése es engaño del  
mundo, que no ve ni  
considera que al cuerpo  
le viste el oro, pero al  
alma la nobleza. Venid  
conmigo. (*Ap.*) Suspiros,  
ofreced viento a las  
velas, si es que en los  
mares del fuego, bajeles  
de amor navegan.  
(*Vanse los dos*)

MANRIQUE.

Yo me quiero adelantar  
en alguna barca destas,  
que llaman muletes, y  
hoy,  
siendo cojo con muletas,  
pediré a mi nueva ama  
las albricias de que llega  
su esposo; que el primer  
día

da las albricias  
cualquiera,  
porque sale de forzada,  
si es lo mismo que  
doncella. *(Vase.)*

*Campo cercano a Aldea Gallega.*

**Escena IV**

DON BERNARDINO, DOÑA LEONOR, SIRENA

D. BERNARDINO. En la falda lisonjera  
deste monte coronado  
de flores, donde ha  
llamado a cortes la  
primavera, puedes  
descansar, en tanto,  
bella Leonor, que  
dichoso llega don Lope  
tu esposo. Y perdona al  
dulce llanto, aunque no  
es gran maravilla que  
con sentimiento igual, a  
vista de Portugal te  
despides de Castilla.

DOÑA LEONOR. Ilustre don Bernardino  
de Almeida, mi tierno  
llanto no es ingratitud a  
tanto honor como me  
previno la suerte y la  
dicha mía. Viendo tan  
cercano el bien, gusto  
ha sido; que también  
hay lágrimas de alegría.

D. BERNARDINO. Cuerdamente te  
disculpa  
la discreción lisonjera;  
y aunque por disculpa  
fuera,  
te agradeciera la culpa.  
Yo quiero dar más lugar  
a divertir la porfía  
de aquesta melancolía.  
Aquí puedes descansar,  
venciendo el rigor aquí  
del sol, que en sus rayos  
arde.  
El cielo tu vida guarde.  
*(Vase.)*

**Escena V**

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR. ¿Fuese ya, Sirena?

SIRENA. Sí.

DOÑA LEONOR. ¿Óyenos alguien?

SIRENA. Sospecho que estamos  
solas las dos.

DOÑA LEONOR. Pues salga mi pena (¡ay  
Dios!) de mi vida y de mi

pecho. Salga en  
lágrimas deshecho el  
dolor que me provoca, el  
fuego que al alma toca,  
remitiendo sus enojos  
en lágrimas a los ojos, y  
en suspiros a la boca. Y  
sin paz y sin sosiego  
todo lo abrasan veloces,  
pues son de fuego mis  
voces y mis lágrimas de  
fuego. Abrasen, cuando  
navego tanto mar y  
viento tanto, mi vida y  
mi fuego cuanto  
consume el fuego  
violento,  
pues mi voz es fuego y  
viento, mis lágrimas  
fuego y llanto.

SIRENA.

¿Qué dices, señora?  
Advierte en tu peligro y  
tu honor.

DOÑA LEONOR.

¿Tú que sabes mi dolor,  
tú que conoces mi  
muerte, me reportas  
desta suerte? ¿Tú de mi  
llanto me alejas? ¿Tú  
que calle me aconsejas?

SIRENA.

Tu inútil queja  
escuchando estoy.

DOÑA LEONOR.

¡Ay Sirena! ¿Cuándo son  
inútiles las quejas?  
Quéjase una flor  
constante si el aura sus  
hojas hiera cuando el sol  
caduco muere en  
túmulos de diamante;  
quéjase un monte  
arrogante de las injurias  
del viento cuando le  
ofende violento; y el  
eco, ninfa vocal,  
quejándose de su mal,  
responde el último  
acento. Quéjase, porque  
amar sabe, una hiedra,  
si perdió el duro escollo  
que amó; y con acento  
suave se queja una  
simple ave del que la  
cogió a traición, y en la  
dorada prisión así  
aliviarse pretende, que  
al fin la queja se  
entiende, si se ignora la  
canción. Quéjase el mar  
a la tierra, cuando en  
lenguas de agua toca los  
labios de opuesta roca.  
Quéjase el fuego, si  
encierra rayos, que al  
mundo hacen guerra:

¿qué mucho, pues, que  
mi aliento se rinda al  
dolor violento, si se  
quejan monte, piedra,  
ave, flor, eco, sol,  
hiedra, tronco, rayo,  
mar y viento?

SIRENA.

Sí, mas ¿qué remedio  
así consigues  
desesperada? Don Luis  
muerto y tú casada,  
¿qué pretendes?

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí!  
Di, Sirena amiga, di,  
don Luis muerto y  
muerta yo.  
Pues si el cielo me forzó,  
me verás en esta calma,  
sin gusto, sin ser, sin  
alma,  
muerta sí, casada no.  
Lo que yo una vez amé,  
lo que una vez aprendí,  
podré perderlo, ¡ay de  
mí!,  
olvidarlo no podré.  
¿Olvido donde hubo fe?  
Miente amor. ¿Cómo se  
hallara  
burlada verdad tan  
clara?  
Pues la que constante  
fuera,  
no olvidará si quisiera,  
no quisiera si olvidara.  
¡Mira tú lo que sentí  
cuando su muerte  
escuché,  
pues forzada me casé  
sólo por vengarme en  
mi!  
Ya la vez última aquí  
se despida mi dolor.  
Hasta las aras, amor,  
te acompañé; aquí te  
quedas,  
por que atreverte no  
puedas  
a las aras del honor.

### Escena VI

MANRIQUE. -DOÑA LEONOR, SIRENA  
MANRIQUE.

¡ Dichoso yo que he  
llegado, venturoso yo  
que he sido, felice yo  
que he venido, refelice  
yo que he dado el  
primero labio mío a la  
estampa dese pie, que,  
lleno de flores, fue  
primavera del estío! Y

pues he llegado a vos,  
beso y vuelvo a rebesar  
cuanto se puede besar,  
sin ofender a mi Dios.  
DOÑA LEONOR. ¿Quién sois?  
MANRIQUE. El menor criado  
de don Lope, mi señor  
(mas no el hablador  
menor), que veloz me he  
adelantado por albricias  
de que viene.  
DOÑA LEONOR. Descuido fue, bien  
decís, tomad. Y ¿de qué  
servís a don Lope?  
MANRIQUE. Hombre que tiene  
este humor, ¿ya no os  
avisa  
que es gentilhombre su  
nombre?  
DOÑA LEONOR. ¿Y de qué sois  
gentilhombre  
MANRIQUE. De la boca de la risa.  
Criado, a quien le  
prefieren a los mayores  
cuidados, y es pendanga  
de criados, hecha del  
palo que quieren:  
cuando guardo,  
mayordomo; cuando  
algún vestido espero de  
mi amo, camarero;  
maestresala, cuando  
tomo para mí el mejor  
bocado; secretario, poco  
amigo, cuando sus  
secretos digo;  
caballerizo extremado,  
cuando por no andar a  
pie, con achaque de  
pasealle, salgo a caballo  
a la calle; cuando alguna  
cosa fue tal que se  
guarda de mi, soy  
entonces su vedor, y  
después su contador;  
pues a todos desde allí  
lo cuento, a todos lo  
aviso; cuando hurto lo  
que quiero de la plaza,  
repostero; despensero,  
cuando siso; soy valiente  
cuando huyo; y soy su  
cochero el día que sus  
amores me fia; y así  
claramente arguyo que  
soy por tan varios  
modos, sirviéndole  
siempre así, cada oficio  
de por sí, y mnurándole,  
todos.

*(Hablan aparte Doña Leonor y Sirena.)*

### Escena VII

DON BERNARDINO, DON LUIS y CELIO, *que se quedan lejos de DOÑA LEONOR, SIRENA, MANRIQUE*  
DON LUIS.

Soy mercader, y trato en los diamantes, que hoy son piedras, y rayos fueron antes del sol, que perficiona y ilumina rústico grano en la abrasada mina. Paso desde Lisboa hasta Castilla, y en esta aldea vila maravilla del cielo, reducida en una dama que acompañáis; y luego de la fama supe que va casada o a casarse. Y como suele en todas emplearse este caudal más bien, porque las bodas en la gala y la joya empiezan todas, enseñaros quisiera algunas dellas, que no son más lucientes las estrellas, por ver si la ocasión con el deseo hacen en el camino algún empleo.

D. BERNARDINO .

La prevención y la advertencia ha sido acertada. A buen tiempo habéis venido, pues yo, por divertirla y alegrarla (que está triste), unajoya he de feriarla. Aquí esperad, y llegaré primero a prevenirla.

DON LUIS .

Pues ahora quiero que la llevéis, señor, para bastante prueba de mi verdad, este diamante: *(Dásele.)* que visto su valor y su excelencia, no dudo yo, señor, que os dé licencia de llegar a sus pies.

D. BERNARDINO.

¡Es piedra rara!  
¡ Qué fondo ! ¡ Qué caudal! ¡ Qué limpia y clara!  
Aquí, divina Leonor. *(Légase a ella.)*  
Ha llegado un mercader, en cuya mano has de ver joyas de grande valor, ricas, costosas y bellas. Divierte un poco el pesar; que yo te quiero feriar lo que te agrada dellas. Este diamante, farol

que con luz hermosa y  
nueva,  
para su limpieza prueba  
ser luciente hijo del sol,  
viene por testigo aquí.  
Toma el diamante.  
(*Dásele.*)

DOÑA LEONOR.

(*Ap.*) ¿Qué veo?  
¡Cielos!

D. BERNARDINO.

Dime...

DOÑA LEONOR.

(*Ap.*) Aún no lo creo.

D. BERNARDINO.

Si ha de llegar.

DOÑA LEONOR.

(*Ap.*) (¡Hay de mi! Este  
diamante es el mismo...)

Dile que llegue. - ¡  
Sirena! (*Apártase Don  
Bernardino*). (*Ap.*)

(Sáqueme amor desta  
pena, deste encanto,  
deste abismo.) Este  
diamante que ves, luz  
que con el sol la mides,  
di a don Luis de  
Benavides. Prensa mía y  
suya es. O mis lágrimas  
me ciegan, o es el  
mismo. Hoy sabré yo  
cómo a mis manos  
volvió.

SIRENA.

Disimula, que ya llegan.  
(*Llega Don Luis*).

DON LUIS.

Yo soy, hermosa  
señora...

DOÑA LEONOR.

(*Ap.*) Alma de la pena  
mía, cuerpo de mi  
fantasía.

SIRENA.

(*Ap. a ella.*) Disimula y  
calla ahora;  
que ya veo la razón  
que tienes para  
admirarte.

DON LUIS.

Yo soy quien en esta  
parte piensa lograr la  
ocasión, habiendo a  
tiempo legado en que  
pueda mi deseo hacer el  
feliz empleo tantos años  
esperado. Traigo joyas  
que vender de  
innumerable riqueza; y  
entre otras, una firmeza  
sé que os ha de parecer  
bien; porque della  
sospecho que adorne  
esa bizarría, si es que la  
firmeza mía llega a  
verse en vuestro pecho.  
Un Cupido de diamantes  
traigo de grande valor;  
que quise hacer al amor  
yo de piedras

semejantes, porque  
labrándole así, cuando  
alguno le culpase de  
vario y fácil, le hallase  
firme solamente en mí.  
Un corazón traigo, en  
quien no hay piedra  
falsa ninguna: sortijas  
bellas, y en una unas  
memorias se ven. Una  
esmeralda que había,  
me hurtaron en el  
camino, por el color,  
imagino, que perfecto le  
tenía. Estaba con un  
zafiro; mas la esmeralda  
llevaron solamente, y  
me dejaron esta azul  
piedra que miro; y así  
dije en mis desvelos:  
«¿Cómo con tanta  
venganza me llevasteis  
la esperanza para  
dejarme los celos?» Si  
gusta vuestra belleza,  
descubriré, por más  
glorias, el corazón, las  
memorias, el amor y la  
firmeza.

D. BERNARDINO.

El mercader es discreto.  
¡Qué bien a las joyas  
bellas, para dar gusto de  
vellas, las fue aplicando  
su efeto!

DOÑA LEONOR.

Aunque vuestras joyas  
son tales como  
encarecéis, para  
mostrarlas habéis  
llegado a mala ocasión.  
Y yo, en ver su hermoso  
alarde, contento hubiera  
tenido, si antes  
hubierais venido; pero  
habéis venido tarde.  
¿Qué se dijera de mí, si  
cuando casada estoy, si  
cuando esperando estoy  
a mi noble esposo, aquí  
pusiera, no mi tristeza,  
sino mi imaginación en  
ver ese corazón, ese  
amor y esa firmeza? No  
los mostréis; que no es  
bien que, tan sin tiempo  
miradas agora,  
desestimadas memorias  
vuestras estén. Y tomad  
vuestro diamante; que  
ya sé que pierdo en él  
una luz hermosa y fiel,  
al mismo sol semejante.  
No culpéis la condición  
que en mí tan esquivada

hallasteis; culpaos a vos,  
que llegasteis sin tiempo  
y sin ocasión. (*Ruido  
dentro*).

MANRIQUE. (*Mirando dentro.*) Ya  
don Lope mi señor llega.  
DON LUIS. (*Ap.*) ¿Habrá en  
desdicha igual mal que  
compita a mi mal, ni  
dolor a mi dolor?  
DOÑA LEONOR. (*Ap.*) ¡Qué veneno!  
DONLUIS. (*Ap.*) ¡Qué crueldad!  
D. BERNARDINO. A recibirle lleguemos.  
(*Vase.*)  
MANRIQUE. Callen todos, y  
escuchemos la primera  
necedad; porque un  
novio a quien le place la  
dama y a verla llega,  
como necedades juega,  
es tahúr que dice y  
hace. (*Vase.*)

### Escena VIII

DOÑA LEONOR, DON LUIS, SIRENA, CELIO

DON LUIS. ¿Qué me podrás  
responder, mujer tan  
fácil, liviana, mudable,  
inconstante y yana, y  
mujer, en fin, mujer, que  
pueda satisfacer a tu  
mudanza y olvido?  
DOÑA LEONOR. Haber tu muerte creído,  
haber tu vida llorado  
causa a mi mudanza ha  
dado, que a mi olvido no  
ha podido; pues cuando  
te llego a ver, a no estar  
ya desposada, vieras  
hoy determinada si soy  
mudable o mujer.  
Desposéme por poder.  
DON LUIS. Y bien por poder se  
advierte: por poder  
borrar mi suerte, por  
poder dejarme en  
calma, por poder  
quitarme el alma, por  
poder darme la muerte.  
Ésta dices que creíste, y  
no fue yana apariencia;  
que si creíste mi  
ausencia, es lo mismo:  
bien dijiste.  
DOÑA LEONOR. No puedo, no puedo, ¡ay  
triste!, responder; que  
está conmigo, no mi  
esposo, mi enemigo.  
Mas porque me culpas

fiel, lo que le dijere a él,  
también hablaré  
contigo. (*Retirase Don  
Luis a un lado.*)

### Escena IX

DON LOPE, DON BERNARDINO, MANRIQUE. -DOÑA  
LEONOR, SIRENA; DON LUIS y CELIO, *retirados*.

DON LOPE. Cuando la fama en  
lenguas dilatada vuestra  
rara hermosura  
encarecía, por fe os  
amaba yo, por fe os  
tenía, Leonor, dentro del  
alma idolatrada. Cuando  
os mira, suspensa y  
elevada el alma que os  
amaba y os quería culpa  
la imagen de su  
fantasia, que sois vista  
mayor que imaginada.  
Vos sola a vos podéis  
acreditaros. ¡Dichoso  
aquel que llega a  
mereceros, y más  
dichoso si acertó a  
estimaros! Mas ¿cómo  
he de estimaros ni  
ofenderos? Que quien  
antes de veros pudo  
amaros, mal os podrá  
olvidar después de  
veros.

DOÑA LEONOR. Yo me firmé rendida  
antes que os viese, y  
vivo y muerto sólo en  
vos estaba, porque sola  
una sombra vuestra  
amaba; pero bastó que  
sombra vuestra fuese.  
¡Dichosa yo mil veces, si  
pudiese amaros como el  
alma imaginaba! Que la  
deuda común así pagaba  
la vida, cuando humilde  
me rindiese. Disculpa  
tengo, cuando temeroso  
y cobarde mi amor, llegó  
a miraros, si no pago un  
amor tan generoso. De  
vos, y no de mí, podéis  
quejaros, pues aunque  
yo os estime como a  
esposo, es imposible,  
como sois, amaros.

DON LOPE. Ahora, tío y señor,  
me dad los invictos  
brazos.

D. BERNARDINO. Y serán eternos lazos de  
deuda, amistad y amor.  
Y porque no culpe ahora

DONLOPE. la dilación, a embarcar  
nos lleguemos.  
Hoy el mar  
segunda Venus adora.  
MANRIQUE. Y pues que con tanta  
gloria dama y galán se  
han casado, perdonad,  
noble Senado, que aquí  
se acabe la historia.

*(Vanse Don Lope, Doña Leonor, Don Bernardino,  
Manrique y Sirena.)*

### **Escena X**

DON LUIS, CELIO.

CELIO . Señor, pues que desta  
suerte hallaste tu  
desengaño, vuelve en ti,  
repara el daño de tu  
vida y de tu muerte. Ya  
no hay estilo ni medio  
que tú debas elegir.

DON LUIS. Sí hay, Celio.  
CELIO. ¿Cuáles?  
DON LUIS. Morir,  
que es el último  
remedio. Muera yo, pues  
vi casada a Leonor, pues  
que Leonor dejó burlado  
mi amor y mi esperanza  
burlada. Mas ¿qué me  
podrá matar, si los celos  
me han dejado con vida?  
Aunque mi cuidado me  
pretende consolar  
dándome alguna  
esperanza; pues cuando  
a su esposo habló,  
conmigo se disculpó  
de su olvido y su  
mudanza.

CELIO . ¿Cómo disculpar  
contigo? A mil locuras te  
pones.

DON LUIS. Éstas fueron sus  
razones,  
mira si hablaba  
conmigo:  
Yo me firmé rendida  
antes que os viese  
y vivo y muerto sólo en  
vos estaba,  
porque sola una sombra  
vuestra amaba;  
pero bastó que sombra  
vuestra fuese.  
¡Dichosa yo mil veces, si  
pudiese  
amaros como el alma  
imaginaba!

Que la deuda común así  
pagaba  
la vida, cuando humilde  
me rindiese.  
Disculpa tengo cuando  
temeroso  
y cobarde mi amor, llego  
a miraros,  
si no pago un amor tan  
generoso.  
De vos y no de mí,  
podéis quejaros,  
pues, aunque yo os  
estime como a esposo,  
es imposible, como sois,  
amaros.  
Y puesto que así me ha  
dado  
disculpa de su mudanza,  
sea mi loca esperanza  
veneno y puñal dorado.  
Si ha de matarme el  
dolor,  
mejor es el gusto,  
¡cielos!,  
y si he de morir de  
celos,  
mejor es morir de amor.  
Siga mi suerte atrevida  
su fin contra tanto  
honor,  
porque he de amar a  
Leonor,  
aunque me cueste la  
vida.  
(Vase.)

**Jornada segunda**  
*Sala en casa de Don*  
*Lope en Lisboa.*

**Escena primera**

SIRENA, MANRIQUE.

MANRIQUE. Sirena de mis entrañas,  
que para aumentar mi  
pena eres la misma  
Sirena, que enamoras y  
engañas: duélate ver el  
rigor con que tratas mis  
cuidados; que también a  
los criados hiere de  
barato amor. Dame un  
favor de tu mano.

SIRENA. Pues ¿qué puedo darte  
yo?

MANRIQUE. Mucho puedes; pero no  
quiero bien más  
soberano que aque-se  
verde listón, con que  
yaces declarada por

SIRENA. dama de la lazada o  
MANRIQUE. fregona del tusón.  
SIRENA. ¿Una cinta quieres?  
SÍ.  
SIRENA. Ya aquesse tiempo pasó,  
que un galán se  
contentó con una cinta.

MANRIQUE. Es así;  
pero si yo la tuviera,  
desparramando  
conchetos, mil y ciento y  
un sonetos hoy en tu  
alabanza hiciera.

SIRENA. Por yerme tan  
soneteada te la doy; y  
vete ahora, porque  
viene mi señora. (*Vase  
Manrique.*)

## Escena II

DOÑA LEONOR. -SIRENA.  
DOÑA LEONOR. Ya vuelvo determinada.  
Esto, Sirena, es forzoso:  
declárese mi rigor,  
porque mi vida y mi  
honor ya no es mío, es  
de mi esposo. Dile a don  
Luis, que pues es  
principal, noble y  
honrado, por español y  
soldado obligado a ser  
cortés, que una mujer  
(no Leonor, porque le  
basta saber a una noble  
que una mujer) le  
suplica que su amor  
olvide: que maravilla  
cuidado en la calle tal, y  
no sufre Portugal  
galanteos de Castilla:  
que con lágrimas  
bañada vuelvo a pedirle  
se vuelva a Castilla, y se  
resuelva a no hacerme  
mal casada; porque fiero  
y ofendida, si no lo hace,  
vive Dios, que podrá ser  
que a los dos nos venga  
a costar la vida.

SIRENA. Desafortunado lo diré,  
si puedo verle y  
hablarle.

DOÑA LEONOR. ¿Cuándo falta de la  
calle? Mas no hables en  
ella, ve a buscarle a la  
posada.

SIRENA. Mucho, señora, te  
atreves. (*Vase.*)

### Escena III

DON LOPE, DON JUAN, MANRIQUE. -DOÑA LEONOR.

DON LOPE. (Ap.) ¡Ay honor, mucho me debes!

DON JUAN. Ya se acerca la jornada.  
DON LOPE. No queda en toda Lisboa fidalgo ni caballero, que ser no piense el primero que merezca eterna loa con su muerte.

MANRIQUE. Justo es; mas no pienso desafortunado tener yo loa en mi muerte, ni comedia ni entremés.

DON LOPE. ¿Luego tú no piensas ir al Africa?

MANRIQUE. Podrá ser que vaya; mas será a ver, por tener más que decir; no a matar, quebrando en vano la ley en que vivo y creo; pues allí explicar no veo que sea moro ni cristiano. *No matar*, dice. Y los dos esto me veréis guardar; que yo no he de interpretar los mandamientos de Dios.

DON LOPE. ¡Mi Leonor!  
DOÑA LEONOR. ¡Esposo mío!  
¿Vos tanto tiempo sin verme?  
Quejoso vive el amor de los Instantes que pierde.

DON LOPE. ¡Qué castellana que estáis! Cesen las lisonjas, cesen las repetidas finezas. Mirad que los portugueses al sentimiento dejamos la razón, porque el que quiere, todo lo que dice quita de valor a lo que siente. Si en vos es ciego el amor, en mí es mudo.

MANRIQUE. Y desafortunado en mí endemoniado ha sido.

DON LOPE. Siempre, Manrique, parece, que al paso que yo estoy triste, tú estás contento y alegre.

MANRIQUE. Y dime, ¿cuál es mejor, en pasiones diferentes, la alegría o la tristeza?

DON LOPE.  
MANRIQUE.

La alegría.  
Pues ¿qué quieres?  
¿Que deje yo lo mejor  
por lo peor? Tú, que  
tienes la tristeza, que es  
la mala, eres quien  
mudarte debes, y  
pasarte a la alegría;  
pues será más  
conveniente, que el ir yo  
de alegre a triste, venir  
tú de triste a alegre.  
(*Vase.*)

#### **Escena IV**

DON LOPE, DOÑA LEONOR, DON JUAN.  
DOÑA LEONOR. ¿Vos estáis triste, señor?  
Muy poco mi pecho os  
debe o yo le debo muy  
poco, pues vuestro dolor  
no siente.

DON LOPE. Forzosas obligaciones  
heredadas dignamente  
con la sangre, a quien  
obligan divinas y  
humanas leyes, me dan  
voces y recuerdan desta  
blanda paz y deste  
olvido, en que yacen hoy  
mis heredados laureles.  
El famoso Sebastián,  
nuestro rey, que viva  
siempre, heredero de  
los siglos a la imitación  
del fénix, hoy al Africa  
hace guerra. No hay  
caballero que quede en  
Portugal; que a las  
voces de la fama nadie  
duerme. Quisiérale  
acompañar a la jornada;  
y por verme casado, no  
me he ofrecido hasta  
que licencia lleve de tu  
boca, Leonor mía. Esta  
merced has de hacerme,  
en este caso has de  
honrarme, y este gusto  
he de deberte.

DOÑA LEONOR. Bien con esas  
prevenciones fue  
menester que me  
hicieseis oraciones que  
me animen, y discursos  
que me alienten. Vos  
ausente, dueño mío, y  
por mi consejo ausente,  
fuera pronunciar yo  
misma la sentencia de  
mi muerte. Idos vos sin  
que lo diga mi lengua;  
pues que no puede  
negaros la voluntad lo

que la vida os concede.  
Mas porque veáis que  
estimo vuestra  
inclinación valiente, ya  
no quiero que el amor  
sino el valor me  
aconseje. Servid hoy  
Sebastián, cuya vida el  
cielo aumente; que es la  
sangre de los nobles  
patrimonio de los reyes;  
que no quiero que se  
diga que las cobardes  
mujeres quitan el valor  
a un hombre, cuando es  
razón que le aumenten.  
Esto el alma os  
aconseja, aunque como  
el alma os quiere; mas  
como ajena lo dice, si  
como propia lo siente.  
(Vase.)

#### Escena V

DON LOPE, DON JUAN.

DON LOPE. ¿Habéis visto en vuestra  
vida igual valor?

DON JUAN. Dignamente  
es bien que lenguas y  
plumas de la fama la  
celebren.

DON LOPE. Y vos, ¿qué me  
aconsejáis?

DON JUAN. Yo, don Lope, de otra  
suerte os respondiera.

DON LOPE. Decid.

DON JUAN. Quien ya colgó los  
laureles de Marte, y en  
blanda paz ciñe de  
palma las sienas, ¿para  
qué otra vez, decidme,  
ha de limpiar los  
paveses tomados de orín  
y polvo en que hora  
yacen y duermen? Yo  
fuera justo que fuera, a  
no estar por esta muerte  
retirado y escondido; y  
no es razón ofrecerme,  
porque a los ojos del rey  
llega mal un  
delincuente. Si esto me  
disculpa a mí, bastante  
disculpa tiene quien  
soldado fue soldado. No  
os vais, amigo, y  
creedme, aunque un  
hombre os acobarde y  
una mujer os aliente.  
(Vase.)

DON LOPE.

### Escena VI

¡Válgame Dios!, ¡quién  
pudiera aconsejarse  
prudente, si en la  
ocasión hay alguno que  
a sí mismo se aconseje!  
¿Quién hiciera de sí otra  
mitad, con quien él  
pudiese descansar? Pero  
mal digo: ¿quién hiciera  
cuerdamente de sí  
mismo otra mitad,  
porque en partes  
diferentes, pudiera la  
voz quejarse sin que el  
pecho lo supiese?  
¡Pudiera sentir el pecho  
sin que la voz lo dijese!  
¡Pudiera yo, sin que yo  
llegara a oírme ni a  
verme, conmigo mismo  
culparme, y conmigo  
defenderme! Porque  
unas veces cobarde,  
como atrevido otras  
veces, tengo vergüenza  
de mí. ¡Que tal diga!,  
¡que tal piense!, ¡que  
tenga el honormil ojos  
para ver lo que le pese,  
mil oídos para oírlo, y  
una lengua solamente  
para quejarse de todo!  
Fuera todo lenguas,  
fuese nada oídos, nada  
ojos, porque oprimido  
de verse guardado, no  
rompa el pecho, y como  
mina viviente. Ahora  
bien, fuerza es  
quejarme; mas no sé por  
dónde empiece; que,  
como en guerra y en paz  
viví tan honrado  
siempre, para quejarme  
ofendido, no es mucho  
que no aprendiese  
razones; porque  
ninguno previno lo que  
no teme. ¿Osará decir la  
lengua qué tengo?...  
Lengua, deténte, no  
pronuncies, no articules  
mi afrenta; que si me  
ofendes, podrá ser que  
castigada, con mi vida o  
con mi muerte, siendo  
ofensor y ofendido, yo  
me agravie y yo me  
vengue. No digas que  
tengo celos... Ya lo dije,  
ya no puede volverse al

pecho la voz. ¿Posible es  
que tal dijese sin que,  
desde el corazón al  
labio, consuma y queme  
el pecho este aliento,  
esta respiración fácil,  
este veneno infame, de  
todos tan distinto y  
diferente, que otros  
desde el labio al pecho  
hacer sus efectos  
suelen, y éste desde el  
pecho al labio? ¿A qué  
áspid, a qué serpiente  
mató su propio veneno?  
A mi, ¡cielos!,  
solamente, porque  
quiere mi dolor que él  
me mate y yo le  
engendre. Celos tengo,  
ya lo dije. ¡Válgame  
Dios! ¿Quién es este  
caballero castellano que  
a mis puertas, a mis  
redes y a mis umbrales  
clavado, estatua viva  
parece? En la calle, en  
la visita, en la iglesia  
atentamente es girasol  
de mi honor, bebiendo  
sus rayos siempre.  
¡Válgame Dios! ¿Qué  
será darme Leonor  
fácilmente licencia para  
ausentarme, y con un  
semblante alegre, no  
sólo darme licencia, sino  
decirme y hacerme  
discursos tales, que aun  
ellos me obligaran a que  
fuese, cuando yo no lo  
intentara? Y ¿qué será,  
finalmente, decirme don  
Juan de Silva que ni me  
vaya ni ausente? ¿En  
más razón no estuviera  
que aquí mudados  
viniesen de mi amigo y  
de mi esposa consejos y  
pareceres? ¿No fuera  
mejor, si fuera que se  
mudaran las suertes, y  
que don Juan me  
animase y Leonor me  
detuviese? Sí, mejor  
fuera, mejor. Pero ya  
que el cargo es éste,  
hablemos en el  
descargo: vaya, que el  
honor no quiere por tan  
sutiles discursos  
condenar injustamente.  
¿No puede ser que

Leonor tales consejos  
me diese, por ser noble  
como es, varonil, sagaz,  
prudente, porque  
quedándome yo, mi  
opinión no padeciese?  
Bien puede ser pues me  
dice que da en consejo,  
y lo siente. ¿No puede  
ser que don Juan, que  
me quedase dijese por  
parecerle que estaba  
excusado, y parecerle  
que es dar disgusto a  
Leonor? Sí, puede ser. Y  
¿no puede ser también  
que este galán mire a  
parte diferente? Y  
apretando más el caso,  
cuando sirva, cuando  
espere, cuando mire,  
cuando quiera, ¿en qué  
me agravia ni ofende?  
Leonor es quien es y yo  
soy quien soy; y nadie  
puede borrar fama tan  
segura ni opinión tan  
excelente. Pero sí puede  
(¡ay de mi!) que al sol  
claro y limpio siempre,  
si una nube no le  
eclipsa, por lo menos se  
le atreve, si no le  
mancha, le turba, y al  
fin, al fin le oscurece.  
¿Hay, honor, más  
sutilezas que decirme y  
proponerme? ¿Más  
tormentos que me  
aflijan, más penas que  
me atormenten, más  
sospechas que me  
maten, más temores que  
me cerquen, más  
agravios que me  
ahoguen y más celos  
que me afrenten? No.  
Pues no podrás  
matarme, si mayor  
poder no tienes; que yo  
sabré proceder callado,  
cuerdo, prudente,  
advertido, cuidadoso,  
solicito y asistente,  
hasta tocar la ocasión  
de mi vida y de mi  
muerte: y en tanto que  
ésta se llega, ¡valedme,  
cielos, valedme! (Vase.)

*Calle con puerta de casa de Don Lope.*

## **Escena VII**

SIRENA, *con manto*; MANRIQUE, *tras ella*.

SIRENA. Escaparme no he podido de Manrique, para entrar en casa: todo el lugar hoy siguiéndome ha venido. ¿Qué haré?

MANRIQUE. Tapada de azar, que mira, camina y calla, con el arte de batalla y el tallazo de picar, la de entrecano picote, que con viento en popa vuelas, con el manto de tres suelas y chilenas de anascote, habla y descúbrete, y sea desengaño tu fachada; porque callando y tapada, dice boba sobre fea. Aunque en tu brío, confieso que indicio en todo das.

SIRENA. ¿No dice más?

MANRIQUE. No sé más.

SIRENA. ¿Y a cuántas ha dicho eso?

MANRIQUE. Antes soy muy recatado. No he hablado, a fe de quien soy, sino cinco en todo hoy; que ya estoy muy reformado.

SIRENA. ¡Gracias al cielo que veo un hombre firme y constante! Yo tampoco soy amante de más que nueve.

MANRIQUE. Sí creo; y porque me creas a mí, de todas mostrarte quiero un favor. Sea el primero (*Sácalos.*) el moño que sale aquí. Este moño pecador su papel un tiempo hizo, y de rizado y postizo fue mártir y confesor. No es de aljófara lo ensartado; liendres son con que me alegre, que desde lejos mirado, parece un penacho negro de blancas moscas nevado. Aquesta sutil varilla es barba de la ballena sacada de una cotilla, que fue entregar a mi

pena  
lo mismo que una  
costilla.  
Vara es de virtudes  
llena,  
que hace bueno el pecho  
y buena  
la espalda más  
eminente;  
que ya todo talle miente  
por la barba de ballena.  
La zapatilla que estás  
mirando ahora en mis  
manos,  
casa fue, donde sabrás  
que vivieron dos enanos  
sin encontrarse jamás.  
Éste es un guante, y no  
hay duda  
de que, como ruiseñor,  
mucho tiempo estuvo en  
muda;  
pregúntaselo al olor:  
sebo de cabrito suda.  
Esta cinta es de una  
dama  
de gran porte; pero yo  
no la quiero.

SIRENA.  
MANRIQUE.

¿Por qué no?  
Porque sé que ella me  
ama. ¿No es causa  
bastante?

SIRENA.  
MANRIQUE.

Sí.  
La que yo tengo de  
amar, me ha de mentir,  
engañar, y se ha de  
burlar de mí, dar celos  
cada momento,  
maltratarme,  
despedirme, y en efecto  
ha de pedirme, que es la  
cosa que más siento;  
porque si al fin es  
costumbre en ellas,  
tengo por justo hacer  
desde luego gusto lo  
que ha de ser  
pesadumbre.

SIRENA.  
MANRIQUE.  
SIRENA.

¿Y es hermosa esa  
señora?  
No, pero es puerca.  
En verdad  
que es muy buena  
calidad.

MANRIQUE.

Arrope un ojo la llora, y  
otro aceite.

SIRENA.  
MANRIQUE.

¿Es entendida?  
Cuanto dice entiendo  
yo;  
mas cuanto la dicen, no,  
que es entendida,  
entendida.

SIRENA. Por muestra de que es verdad, que amarle a su gusto espero, este listón sólo quiero.

MANRIQUE. De muy buena voluntad

SIRENA. ¡Ay triste de mí!

MANRIQUE. ¿Qué ha sido?

SIRENA. Mi marido viene allí; váyase presto de aquí, que es un diablo mi marido. Dé vuelta a la calle presto, que en tanto, señor, que él pasa, le esperaré en esta casa.

MANRIQUE. En buen sagrado te has puesto; que aquí vivo yo, y vendré en estando asegurada. *(Vase.)*

SIRENA. A un bellaco, una taimada. *(Vase.)*

*Sala en casa de Don Lope.*

#### **Escena VIII**

SIRENA. Bien dentro de casa entré sin que fuese conocida. Lindamente le he engañado, aunque él más, pues me ha dejado tan afrentada y corrida. Que dijera que era fea no importaba, aunque lo fuese, ni importaba que dijese que necia y que sucia sea; pero ¡aceite un ojo a mí, y otro arroje! No, por Dios. Y aun si lloraran los dos una cosa, entonces sí que callara; mas ¿que tope un picarón, un taimado, que mis ojos han llorado uno aceite y otro arroje?

#### **Escena IX**

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DOÑA LEONOR. Sirena.

SIRENA. Señora mía.

DOÑA LEONOR. ¡Cuánto tu ausencia me cuesta! ¿Hablástele?

SIRENA. Y la respuesta en este papel te envía; y de palabra me dijo,

que si él una vez te  
hablara,  
él se fuera y te dejara.  
DOÑA LEONOR. Con mayor causa me  
aflijo. ¿Para qué el papel  
tomaste?  
SIRENA. Para traerte el papel.  
DOÑA LEONOR. (Ap.) ¡Ay, pensamiento  
cruel, qué fácil entrada  
hallaste en mi pecho!  
SIRENA. Pues ¿qué importa que  
le tomes y le leas?  
DOÑA LEONOR. ¿Eso es bien que de mi  
creas? La voz, Sirena,  
reporta, con abrasarle y  
romperle. (Ap.)  
Entiéndeme, necia, y  
sea rogándome que le  
vea; que estoy muerta  
por leerle.  
SIRENA. ¿Qué culpa tiene el  
papel que viene  
mandado aquí, señora,  
para que así vengues tu  
cólera en él?  
DOÑA LEONOR. Pues si le tomo, verás  
que es sólo para  
rompelle.  
SIRENA. Rómpele después de  
lêlle.  
DOÑA LEONOR. (Ap.) Eso sí, ruégame  
más. Pesada estás, y por  
ti rompo la nema y le  
leo, por ti sola.  
SIRENA. Ya lo veo. Abrele, pues.  
DOÑA LEONOR. Dice así:

( Abre el papel Doña Leonor, y lee.)

«Leonor, si yo pudiera  
obedecerte, »y pudiera  
olvidar, vivir pudiera:  
»fuera contigo liberal, si  
fuera »bastante yo  
conmigo a no quererte.  
»Mi muerte injusta tu  
rigor me ad-vierte, »si  
mi vida en amarte  
persevera, »¡pluguiera a  
Dios! y de una vez  
muriera »quien de  
tantas no acierta con su  
muerte, »¿Que te olvide  
pretendes? ¿Cómo  
puedo »despreciado  
olvidar y aborrecido?  
»¿No ha de quejarse del  
dolor el labio?  
»Quiéreme tú; que si  
obligado quedo, »yo  
olvidaré después,  
favorecido; »que el bien  
puede olvidarse, no el

SIRENA. agravio.»  
 ¿Lloras, leyendo el  
 papel? Son, en fin,  
 pasadas glorias.

DOÑA LEONOR. Lloro unas tristes  
 memorias que vienen  
 vivas en él.

SIRENA. Quien bien quiere, tarde  
 olvida.

DOÑA LEONOR. Como el que muerte me  
 dio está presente, brotó  
 reciente sangre la  
 herida. Este hombre ha  
 de obligarme, con  
 seguirme y ofenderme, a  
 matarme y a perderme  
 (que aun fuera menos  
 matarme), si no se  
 ausenta de aquí.

SIRENA. Pues tú lo puedes hacer.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo?

SIRENA. Oyéndole, que él dice  
 que en oyéndole una  
 vez, se ausentará de  
 Lisboa.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo, Sirena, podré?  
 Que a truco de que se  
 vaya, imposibles sabré  
 hacer. ¿Cómo vendrá?

SIRENA. Escucha atenta:  
 Ahora es el anochecer,  
 que es la hora más  
 segura,  
 porque ni temprano es  
 para que a un hombre  
 conozcan,  
 ni tarde para temer  
 que la vecindad lo note.  
 De mi señor, ya tú ves  
 que nunca viene a esta  
 hora.  
 Don Luis, no dudo que  
 esté  
 en la calle; podrá entrar  
 a esta sala, donde  
 habléis  
 los dos, y entonces  
 podrás  
 decirle tu parecer.  
 Óyete lo que dijere,  
 y obre fortuna después.

DOÑA LEONOR. Tan fácilmente lo dices,  
 que no le dejas que  
 hacer al temor, ni aun al  
 honor  
 que dudar ni que temer.  
 Ve ya por don Luis. (*Vase  
 Sirena.*)

### Escena X

DOÑA LEONOR. Amor,

aunque en la ocasión  
esté, soy quien soy,  
vencerme puedo. No es  
liviandad, honra es la  
que a esta ocasión me  
puso; ella me ha de  
defender; que cuando  
ella me faltara, quedara  
yo, que también supiera  
darme la muerte, si no  
supiera vencer.  
Temblando estoy; cada  
paso que siento, pienso  
que es don Lope, y el  
viento mismo se me  
figura que es él. ¿Si me  
escucha? ¿Si me oye?  
¡Qué propio del miedo  
fue! ¡Que a tales riesgos  
se ponga una principal  
mujer!

### Escena XI

SIRENA y DON LUIS, -DOÑA LEONOR.  
SIRENA. Ésta es Leonor.  
DONLUIS. ¡Ay de mí!  
¡Cuántas veces esperé  
esta ocasión! Ya quisiera  
no haberla llegado a ver.  
DOÑA LEONOR. Ya, señor don Luis,  
estáis en mi casa, ya  
tenéis la ocasión que  
habéis deseado. Hablad  
aprisa, porque os  
volváis; que temerosa de  
mí misma, tengo al pie  
grillos de hielo, y el  
alma de mi aliento  
puede hacer al corazón  
un cuchillo y a la  
garganta un cordel.  
DON LUIS. Ya sabéis, Leonor  
hermosa, (si es que  
olvidado no habéis  
pasados gustos, y ya  
ignoráis lo que sabéis)  
que en Toledo, nuestra  
patria, (perdonadme) os  
quise bien, desde que en  
la Vega os vi un día al  
amanecer, que  
aumentando nuevas  
flores al campo  
hermoso, tal vez lo que  
las manos robaron,  
restituyeron los pies. Ya  
sabéis...  
DOÑA LEONOR. Esperad, yo  
seré más breve. Ya sé  
que muchos días  
rondasteis  
mi calle, y a mi desdén

constante siempre  
tuvisteis  
amor firme y firme fe,  
hasta que os favorecí.  
¿Qué no han llegado a  
vencer  
lágrimas de amor, que  
lloran  
los hombres que quieren  
bien?  
Y favorecido ya,  
siendo tercera fiel  
la noche (¡qué no  
consiguen  
una reja y un papel?),  
tratábamos de casarnos,  
cuando os hicieron  
merced  
de una jineta, y fue  
fuerza  
iros a servir al rey.  
Fuisteis a Flandes...

DONLUIS.

Sí fui  
(que aqueso ya lo diré),  
donde dimos un asalto,  
y murió valiente en él  
un don Juan de  
Benavides,  
caballero aragonés.  
La equivocación del  
nombre  
dio causa para entender  
que fuese yo el muerto:  
¡ Cuánto  
una mentira se crê!  
Llegó la nueva a  
Toledo...

DOÑA LEONOR.

Eso diré yo más bien,  
que sin vida la sentí, y  
con la vida lloré; pero  
callo aquí, aunque aquí  
os pudiera encarecer los  
sentimientos que hice,  
las tristezas que pasé.  
En efecto, persuasiones  
de muchos pudieron ser  
bastantes a que en  
Toledo me casare por  
poder.

DON LUIS.

Yo lo supe en el camino,  
y pensando deshacer el  
casamiento, corrí hasta  
que os vi y os hablé, con  
equivocas razones, en  
traje de mercader.

DOÑA LEONOR.

Estaba casada ya;  
y pues os desengañé,  
¿a qué habéis venido  
aquí?

DON LUIS .

Sólo he venido por ver si  
hay ocasión de  
quejarme; que si

culpando tu fe descanso,  
iré luego a Flandes,  
donde una bala me dé,  
porque la pólvora  
cumpla lo que me  
ofreció otra vez.

SIRENA.  
DOÑA LEONOR.

Gente sube la escalera.  
¡Ay cielos! ¿Qué puedo  
hacer? Oscura está  
aquesta sala; que aquí  
te quedes es bien,  
porque a ti sólo te  
hallen; y habiendo  
entrado quien es,  
podrás irte, no a  
Castilla; que ocasión  
habrá después para  
acabar de quejarte.

SIRENA.

Yo voy contigo también.  
(*Vanse las dos.*)

#### **Escena XII**

DON LUIS.

¿Qué confusión es ésta,  
que a mi desdicha  
igual? Oscura está la sala,  
y la noche funesta,  
ya de sombra cubierta,  
baja. No sé la casa ni la  
puerta;  
que otra vez no he  
llegado  
aquí. ¡Forzosa pena!  
Temerosa Sirena  
y Leonor, me han dejado  
confuso y sin sentido.

#### **Escena XIII**

DON JUAN, *que andando a oscuras, se encuentra con* -  
DON LUIS.

DON JUAN.

¿A estas horas, no  
hubieran encendido una  
luz? -Mas ¿qué es esto?

DON LUIS.

¿Quién es? ¿No me  
responde?  
(*Ap.*) ¡Halle puerta por  
donde  
salir!

DON JUAN.

Responda presto,  
o ya desenvainada,  
lengua de acero, lo dirá  
mi espada.

(*Al entrarse don Luis por la puerta que va al cuarto de  
doña Leonor, alcanzado por don Juan, saca la espada y  
la cruza con él, retirándose luego.*)

#### **Escena XIV**

DON LOPE y MANRIQUE. -DON JUAN.





DOÑA LEONOR.

¡Ay, Sirena! ¿Qué suerte  
es ésta tan airada?  
Estoy, desesperada,  
por darme aquí la  
muerte;  
pues ya es fuerza que  
tope  
a don Luis escondido,  
¡ay Dios!,  
don Lope.  
Él pensó que salía  
por la puerta que  
entraba  
a mi cuarto: allí estaba.  
¿Mas por qué mi porfía  
duda lo que ha pasado?  
Ya le ha visto don Lope,  
ya le ha  
hablado.  
¿Qué haré? Irme no  
puedo;  
porque en desdichas  
tantas,  
oprimidas las plantas,  
cadenas pone el miedo  
de cobardes prisiones.  
Toda soy confusión de  
confusiones.

#### **Escena XVII**

DON LUIS, que sale con la espada desnuda y  
embozado, y tras él DON

LOPE, con la espada desnuda y luz.

DOÑA LEONOR, SIRENA.

DON LOPE.

No os encubráis,  
caballero.

DON LUIS.

Detened, señor, la  
espada; que en la  
sangre de un rendido  
más que se ilustra se  
mancha. Yo soy de  
Castilla, donde por los  
celos de una dama, di a  
un caballero la muerte  
cuerpo a cuerpo en la  
campaña. Vine a  
ampararme a Lisboa,  
donde estoy por esta  
causa de Castilla  
desterrado. He sabido  
esta mañana que aquí  
un hermano del muerto  
cautelosamente anda  
encubierto, por  
vengarse con traición y  
con ventaja. Con este  
cuidado, pues, por esta  
calle pasaba, cuando  
tres hombres me

embisten a las puertas  
desta casa. Viendo que  
(aunque el corazón  
algunas veces engaña)  
era imposible defensa  
contra tres de mano  
armada, subíme por la  
escalera; y ellos, o por  
ver que estaba en  
sagrado, o por no hacer  
tan dudosa la venganza,  
no me siguieron, y  
estuve en esa primera  
sala esperando a que se  
fuesen, y sintiendo  
sosegada la calle,  
bajarme quise; pero al  
salir de la cuadra, hallé  
un hombre que me dijo:  
«¿Quién va?» Yo, que  
imaginaba que eran mis  
propios contrarios, no le  
respondo palabra. De  
una sala en otra, entré  
hasta aquí. Ésta es la  
causa de haberme  
hallado, señor,  
escondido en vuestra  
casa. Ahora dadme la  
muerte; que como yo  
dicho haya la verdad, y  
no padezca alguna  
virtud sin causa,  
moriré alegre, rindiendo  
el ser, la vida y el alma a  
un honrado sentimiento,  
y no a una infame  
venganza.

DON LOPE.

(Ap. ¿Pueden juntarse  
en un hombre  
confusiones más  
extrañas?  
¿Tantos asombros y  
miedos,  
penas y desdichas  
tantas?  
Si en la calle este  
hombre, ¡cielos!,  
tantos pesares me daba,  
¿qué vendrá a darme  
escondido  
dentro de mi misma  
casa?  
Basta, basta,  
pensamiento;  
sufrimiento, basta,  
basta,  
que verdad puede ser  
todo;  
y cuando no, aquí no  
hay causa  
para mayores extremos:  
sufre, disimula y calla.)

Caballero castellano,  
yo me alegro de que  
haya  
sido contra una traición  
sagrado vuestro mi  
casa.  
En ella, a ser hoy  
soltero,  
os sirviera y hospedara:  
porque un caballero  
debe  
amparar nobles  
desgracias.  
Lo que podré hacer por  
vos,  
será acudiros en  
cuantas  
ocasiones se os  
ofrezcan,  
porque a ese lado mi  
espada,  
contra tres mil, no os  
suceda  
otra vez volver la  
espalda.  
Y ahora, por que salgáis  
más secreto de mi casa,  
podréis salir del jardín  
por aquella puerta  
falsa...  
Yo la abriré ... y también  
hago  
prevención tan  
recatada,  
porque criados, que al  
fin  
son enemigos de casa,  
no cuenten que os hallé  
en ella,  
y sea fuerza que vaya  
a todos satisfaciendo  
de cuál ha sido la causa.  
Porque aunque es cierto  
que nadie  
dude una verdad tan  
clara,  
y yo de mi mismo tengo  
la satisfacción que  
basta,  
¿quién de una malicia  
huye?  
¿quién de una sospecha  
escapa?,  
¿quién de una lengua se  
libra?,  
¿quién de una intención  
se guarda?  
Y si llegara a creer...,  
¿qué es a creer?, si  
llegara  
a imaginar, a pensar  
que alguien pudo poner  
mancha

en mi honor..., ¿qué es  
mi honor?,  
en mi opinión y en mi  
fama,  
y en la voz tan  
solamente  
de una criada, una  
esclava,  
no tuviera, ¡vive Dios!,  
vida que no le quitara,  
sangre que no le  
vertiera,  
almas que no le sacara;  
y éstas rompiera  
después,  
a ser visibles las almas.  
Venid, iréos alumbrando  
hasta que salgáis.  
(Ap.) Helada tengo la  
voz en el pecho. ¡Qué  
portuguesa arrogancia!  
(Vanse los dos.)

DON LUIS.

### Escena XVIII

LEONOR, SIRENA; después DON LOPE.

DOÑA LEONOR. Aún mejor ha sucedido,  
Sirena, que yo esperaba.  
Sola una vez sino el mal  
menor que el que se  
esperaba. Ya puedo  
hablar, y ya puedo  
mover las heladas  
plantas. ¡Ay, Sirena, en  
qué me vi! Vuelva a  
respirar el alma. (Vuelve  
Don Lope.)

DON LOPE.

Leonor.

DOÑA LEONOR.

Señor, pues ¿qué  
intentas? ¿Ya no supiste  
la causa con que él  
entró? Ya supiste que yo  
no he sido culpada.

DON LOPE.

¿Tal pudiera imaginar  
quien te estima y quien  
te ama?

No, Leonor, sólo te digo  
que ya aquí se declara  
con nosotros...

DOÑA LEONOR.

¿Ya él no dijo  
que aquí de Castilla  
estaba ausente por una  
muerte? Pues yo, señor,  
no sé nada.

DON LOPE.

No te disculpes, Leonor.  
Mira..., mira que me  
matas. Tú, Leonor pues  
¿de qué habías de  
saberlo? Pero basta que  
él se fie de nosotros,  
para que de aquí no

salga. Y tú, Sirena, no digas lo que entre los tres nos pasa a ninguno, ni a don Juan.

### Escena XIX

DONJUAN. -DICHOS.

DON JUAN. (Ap.) Tanto don Lope se tarda, que me ha dado algún cuidado.

DON LOPE. ¡Por Dios, don Juan, linda gracia es hacerme andar así mirando toda la casa, siendo cierto que fui yo! Tomad otro poco el hacha, Y andadla vos.

DONJUAN. ¿Para qué, si ya aquí me desengaña el saber que fuisteis vos? Ya conozco mi ignorancia.

DON LOPE. Con todo habemos los dos segunda vez de mirarla.

DOÑA LEONOR. (Ap.) ¡Qué prudencia tan notable!

DON JUAN. (Ap.) ¡Qué valor y qué arrogancia!

SIRENA. (Ap.) ¡Qué temor!

DON LOPE. (Ap.) Desta manera, el que de vengarse trata, hasta mejor ocasión, sufre, disimula y calla.

### Jornada tercera

*Atrio de un palacio del rey en Lisboa.*

Escena primera

DON JUAN, MANRIQUE.

DON JUAN. ¿Dónde está don Lope?

MANRIQUE. DON JUAN. Cuando entró en palacio, yo aquí me quedé. Búscale, y di que yo le estoy esperando. (*Vase Manrique.*)

### Escena II

DON JUAN. Quedaréme imaginando a solas, sin mí y conmigo, el dudoso fin que sigo, y la obligación que tiene quien a hacer

discursos viene en la  
opinión de un amigo. Yo  
de don Lope lo soy  
tanto, que no ha  
celebrado amigo más  
obligado la antigüedad  
hasta hoy. Huésped en  
su casa estoy, su  
hacienda gasto, y es  
mía, su vida y su alma  
me fia: pues ¿cómo,  
¡cielos!, podré ser  
ingrato a tanta fe,  
amistad y cortesía?  
¿Podré yo ver y callar  
que su limpio honor  
padezca, sin que mi vida  
le ofrezca para ayudarle  
a vengar? ¿Podré yo ver  
murmurar que este  
castellano adore a  
Leonor, que la enamore,  
y le dé lugar Leonor, y  
padeciendo su honor, yo  
lo sepa y él lo ignore?  
No podré; pues si él  
quedara satisfecho,  
siendo mía la venganza,  
en este día al castellano  
matara. A él sin él yo le  
vengara, prudente,  
advertido y sabio; mas  
de la intención del labio  
satisfacción no se  
alcanza, si el brazo de la  
venganza no es del  
cuerpo del agravio. Yo a  
don Lope le diré clara y  
descubiertamente que  
no hable al rey ni se  
ausente. Mas si me dice  
por qué, ¿cómo le  
responderé la causa?  
Duda mayor es ésta; que  
al que el valor eterno  
honor le previene, quien  
dice que no le tiene es  
quien le quita el honor.  
¿Qué debe hacer un  
amigo en tal caso, pues  
entiendo que si le callo,  
le ofendo y le ofendo si  
lo digo, oféndole si  
castigo su agravio? Yo  
fui su espejo: ¿por qué  
bien no le aconsejo?—  
Mas él mismo viene allí.  
No ha de quejarse de  
mí. Él me ha de dar  
consejo.

### **Escena III**

DON LOPE, MANRIQUE. -DON JUAN.

DON LOPE. Vuélvete, Manrique, y di que luego a la quinta voy; que esperando a hablar estoy al rey.

MANRIQUE. Don Juan está allí, y viene a hablarte. (*Vase.*)

DON LOPE. (*Ap.* ¡Ay de mí! ¿Qué puede haber sucedido? ¿A qué puede haber venido?) Don Juan, pues ¿qué hay por acá?-(*Ap.* ¡Oh, cómo un cobarde está siempre a su temor rendido!)

DON JUAN. Don Lope, amigo, yo vengo (si estamos solos los dos) a aconsejarme con vos en una duda que tengo.

DON LOPE. (*Ap.* Ya para oír me prevengo alguna desdicha mía.) Decid.

DON JUAN. Un caso me envía un amigo a preguntar, y quiérole consultar con vos.

DON LOPE. ¿Y es?

DON JUAN. Jugando un día dos hidalgos, se ofreció una duda, en caso tal forzosa, sobre la cual uno a otro desmintió. Con las voces, no lo oyó entonces el desmentido; un amigo lo ha sabido, y que se murmura dél; y por serlo tan fiel, esta duda se ha ofrecido: ¿si éste tendrá obligación de decirlo claramente al otro, que está inocente; o si dejar es razón que padezca su opinión, pues él no basta a vengalle? Si lo calla es agravialle, y si lo dice es error de amigo. ¿Cuál es mejor, que lo diga, o que lo calle?

DON LOPE. Dejadme pensar un poco. (*Ap.* Honor, mucho te adelantas; que una duda sobre tantas bastará a volverme loco. En otro sujeto toco lo que ha pasado por mí. Don Juan pregunta por sí: luego alguna cosa vio. ¿Haré que la diga?, no; pero que la calle, sí.) Don Juan, yo he

considerado, si es que  
mi voto he de dar, que  
no puede un hombre  
estar ignorante y  
agraviado. Aquel que ha  
disimulado su ofensa  
por no vengalla, es  
quien culpado se halla;  
porque en un caso tan  
grave, no yerra el que  
no lo sabe, sino el que lo  
sabe y calla. Y yo de mí  
sé decir que si un amigo  
cual vos (siendo quien  
somos los dos)  
tal me llegara a decir,  
tal pudiera presumir  
de mí, tal imaginara,  
que el primero en quien  
vengara  
mi desdicha, fuera en él;  
porque es cosa muy  
cruel  
para dicha cara a cara,  
y no sé que en tal rigor  
haya razón que no  
asombre  
y que se le pueda a un  
hombre  
decir: «No tenéis  
honor.»  
¡Darme el amigo mayor  
el mayor pesar!- Testigo  
es Dios (otra vez lo  
digo),  
que si yo me lo dijera,  
a mí la muerte me diera,  
y soy mi mayor amigo.  
Ya quedo ahora de vos  
enseñado. Eso diré,  
y a este amigo avisaré  
que calle. Quedad con  
Dios. (*Vase.*)

DON JUAN.

#### **Escena IV**

DON LOPE.

¿Quién duda que entre  
los dos pasa el caso que  
ponía en tercero, y que  
sabía que Leonor  
matarme intenta? Pues  
el que supo mi afrenta,  
sabrán la venganza mía.  
Y el mundo la ha de  
saber. Basta, honor; no  
hay que esperar; que  
quien llega a sospechar,  
no ha de llegar a creer,  
ni esperar a suceder el  
mal; y pues su mudanza  
logra tan baja  
esperanza, volveré  
donde contemplo que dé

su traición ejemplo, y  
escarmiento mi  
venganza.

### Escena V

EL REY, ACOMPAÑAMIENTO. -DON LOPE.

REY. Aunque en la quinta,  
que *del Rey* la llama  
el vulgo en la quinta,  
que  
el vulgo, aquesta noche  
duerma, digo  
que no me he de quedar  
hoy en Lisboa. Esté la  
gente toda prevenida,  
que desde allí saldrá la  
más lucida a competir  
con plumas y colores del  
Sol los rayos, del abril  
las flores.

DON LOPE. (*Ap.* Cobarde al rey me  
llego; que esta pena,  
esta rabia y este fuego  
tan cobarde me tiene,  
que sospecho, con  
verguenza, dolor y  
cobardía, que todos  
saben la desdicha mía.)  
Dame tus pies; será feliz  
mi boca, si con su  
aliento esas esferas  
toca.

REY. ¡Ah don Lope de  
Almeida! Si tuviera en  
Africa esa espada, yo  
venciera la morisca  
arrogante bizarría.

DON LOPE. Pues ¿pudiera quedar la  
espada mía en la paz, en  
la que se os muestra,  
cuando vos, gran señor,  
sacáis la vuestra? Con  
vos voy a morir, ¿Qué  
causa hubiera que en  
Portugal, señor, me  
detuviera en aquesta  
ocasión?

REY. ¿No estáis casado?  
DON LOPE. Sí, señor; mas no el  
serlo me ha estorbado el  
ser quien soy; porque  
antes hoy me llama  
tener mayor honor a  
mayor fama.

REY. ¿Cómo, recién casada,  
quedará como vuestra  
esposa?

DON LOPE. Muy honrada  
en ver que os ha  
ofrecido  
a esta empresa un

soldado en su marido;  
que es noble, es varonil,  
y más sintiera  
que a vuestro lado, gran  
señor, no fuera;  
pues si antes por mi  
fama os acudía,  
ahora por la suya y por  
la mía.

Y no es inconveniente a  
mi deseo  
el ausentarme della.

REY.

Así lo creo; que yo lo  
dije porque no era justo  
descaros tan presto, y  
desto gusto; que en  
vuestra casa, aunque la  
empresa es alta podréis  
hacer, don Lope, mayor  
falta. *(Vase el Rey y el  
acompañamiento.)*

#### Escena VI

DON LOPE.

¡Válgame el cielo, ¿qué  
es esto  
por que pasan mis  
sentidos?  
Alma, ¿qué habéis  
escuchado?  
Ojos, ¿qué es lo que  
habéis visto?  
¿Tan pública es ya mi  
afrenta,  
que ha llegado a los  
oídos  
del rey? ¿Qué mucho, si  
es fuerza  
ser los postreros los  
míos?  
¿Hay hombre más  
infelice?  
¿No fuera mejor castigo,  
¡cielos!, desatar un  
rayo,  
que con mortal  
precipicio  
me abrasara, viendo  
antes  
el incendio que el aviso,  
que la palabra del rey,  
que grave y severo dijo  
que yo haré falta en mi  
casa?  
Pero ¿qué rayo más  
vivo,  
si fénix de las desdichas,  
fui ceniza de mí mismo?  
Cayeran sobre mis  
hombros  
esos montes y obeliscos  
de piedra, fueran  
sepulcros

que me sepultaran vivo.  
Menos peso fueran,  
menos,  
que esta afrenta en que  
he caído,  
a cuya gran pesadumbre  
ya desmayado me rindo.  
¡Ay, honor, mucho me  
debes!  
Júntate a cuentas  
conmigo.  
¿Qué quejas tienes de  
mí?  
¿En qué, dime, te he  
ofendido?  
Al heredado valor,  
¿no he juntado el  
adquirido,  
haciendo la vida en mí  
desprecio al mayor  
peligro?  
¿Yo, por no ponerte a  
riesgo,  
toda mi vida no he sido  
con el humilde, cortés,  
con el caballero, amigo,  
con el pobre, liberal,  
con el soldado,  
bienquisto?  
Casado, ¡ay de mí!,  
casado,  
¿en qué he faltado?, ¿en  
qué he sido  
culpado? ¿No hice  
elección  
de noble sangre, de  
antiguo valor? Y ahora a  
mi esposa, ¿no la  
quiero?, ¿no la estimo?  
Pues si yo en nada he  
faltado, si en mis  
costumbres no ha  
habido acciones que te  
ocasionen, con  
ignorancia o con vicio,  
¿por qué me afrentas?,  
¿por qué? ¿En qué  
tribunal se ha visto  
condenar al inocente?  
¿Sentencias hay sin  
delito? ¿Informaciones  
sin cargo? Y sin culpas,  
¿hay castigo? ¡Oh locas  
leyes del mundo! ¡Que  
un hombre, que por sí  
hizo cuanto pudo para  
honrado, no sepa si está  
ofendido! ¡Que de ajena  
causa ahora venga el  
efecto a ser mío para el  
mal, no para el bien,  
pues nunca el mundo ha  
tenido por las virtudes

de aquél a éste en más!  
Pues ¿por qué (digo otra vez) han de tener a éste en menos, por los vicios de aquella que fácilmente rindió alcázar tan altivo a las fáciles lisonjas de su liviano apetito? ¿Quién puso el honor en vaso que es tan frágil? ¿Y quién hizo experiencias en redoma, no habiendo experiencia en vidrio? Pero acortemos discursos; porque será un ofendido culpar las costumbres necias, proceder en infinito. Yo no basto a reducir las (con tal condición nacimos), yo vivo para vengarlas, no para enmendarlas vivo. Iré con el rey, y luego volviéndome del camino (que ocasión habrá), también la tendré para el castigo. La más pública venganza será que el mundo haya visto. Sabrá el rey, sabrá don Juan, sabrá el mundo, y aun los siglos futuros, ¡cielos!, quién es un portugués ofendido. (*Vase.*)

*Orillas del mar.*

### **Escena VII**

*Oyese ruido de cuchilladas, y sale DON JUAN, riñendo con unos*

SOLDADOS; *después*, DON LOPE.

DON JUAN. Cobardes, el satisfecho soy yo, que no el desmentido.

UN SOLDADO. Huye, que es rayo su espada. (*Entranse Don Juan y sus contrarios.*)

DON LOPE. (*Dentro.*) ¿No es don Juan aquel que miró? A vuestro lado me halláis. (*Sale.*)

OTRO. (*Dentro.*) ¡Muerto soy!  
DON JUAN. (*Volviendo.*) Si estáis conmigo, poco fuera el mundo.

DONLOPE.

Ya huyeron. Decid qué ha sido, si la ocasión que tenéis no nos obliga a seguirlos.

DON JUAN.

¡Ay don Lope, muerto estoy! Hoy nuevamente recibo la afrenta, que en la venganza pensé que estaba en su olvido. Mas, ¡ay de mí!, ha sido engaño, porque bastante no ha sido la venganza a sepultar un agravio recibido. Cuando me aparté de vos, llegué hasta este propio sitio que bate el mar, con el fin que vos propio habéis venido, que es de volver a la quinta adonde habéis reducido vuestra casa, previniendo vuestra ausencia. Divertido llegué, pues, y en esta parte estaban en un corrillo unos hombres, y al pasar el uno a los otros dijo: «Aqueste es don Juan de Silva.» Yo, oyendo mi nombre mismo, que es lo que se oye más fácil, apliqué entrambos oídos. Otro preguntó: -¿Y quién es este don Juan? -¿No has oído (le respondió) su suceso? Pues éste fue desmentido de Manuel de Sosa. Yo, que ya no pude sufrirlo, saco la espada, y a un tiempo tales razones le digo: «Yo soy aquel que maté a don Manuel, mi enemigo, tan presto, que de mi agravio la última razón no dijo. Yo soy el *desagraviado*, que no soy el *desmentido*; pues con su sangre quedó lavado mi honory limpio.» Dije, y cerrando con todos, siguiéndolos he venido hasta aquí porque me huyeron luego; que es usado estilo ser cobarde el maldiciente; y así ninguno se ha visto valiente, que todos hacen a las espaldas su oficio. Ésta es mi pena,

don Lope, y, ¡vive Dios!,  
que atrevido, que loco y  
desesperado, de aquí no  
me precipito al mar, o  
con esta espada mi  
propia vida me quito,  
por que me mate el  
dolor. «¡Éste es aquel  
desmentido», dijo, «no  
aquel satisfecho!»  
¿Quién en el mundo  
previno su desdicha?  
¿No hizo harto aquel  
que la satisfizo? ¿Aquel  
que puso su vida  
desesperado al peligro,  
por quedar muerto y  
honrado antes que  
afrentado y vivo? Mas  
no es así; que mil veces,  
por vengarse uno  
atrevido, por  
satisfacerse honrado  
publicó su agravio  
mismo, porque dijo la  
venganza  
lo que la ofensa no dijo.  
(*Vase.*)

#### **Escena VIII**

DON LOPE.

«Porque dijo la  
venganza lo que la  
ofensa no dijo». Luego si  
me vengo yo de aquella  
que me ofendió, la  
publico: claro está que  
la venganza dirá lo que  
la desdicha no. Y  
después de haber  
vengado mis ofensas  
atrevido, el vulgo dirá  
engañado: «Éste es  
aquel ofendido», y no  
«aquel desagraviado». Y  
cuando la mano mía se  
bañe en sangre este día,  
ella mi agravio dirá,  
pues la venganza sabrá  
quien la ofensa no sabía.  
Pues ya no quiero  
buscalla (¡ay cielos!)  
públicamente, sino  
encubrilla y celalla; que  
un ofendido prudente  
sufre, disimula y calla.  
Que del secreto colijo  
más honra, más  
alabanza: callando mi  
intento rijo, porque dijo  
la venganza lo que el  
agravio no dijo. Pues de  
don Juan, que atrevido

su honor ha restituido,  
no dijo el otro soldado:  
«Éste es el  
desagraviado», sino  
«éste es el desmentido».  
Pues tal mi venganza  
sea, obrando discreto y  
sabio, que apenas el sol  
la vea, porque el que  
creyó mi agravio, me  
basta que la crea. Y  
hasta que pueda logralla  
con más secreta  
ocasión, ofendido  
corazón, sufre, disimula  
y calla. ¡ Barquero!

### Escena IX

UN BARQUERO. -DON LOPE.

BARQUERO. Señor.  
DON LOPE. ¿No tienes un barco  
aprestado?  
BARQUERO. Sí,  
no faltará para ti,  
aunque en una ocasión  
vienes,  
que siguiendo a  
Sebastián,  
nuestro rey, que el cielo  
guardé,  
hasta su quinta esta  
tarde  
los barcos vienen y van.  
DON LOPE. Pues prevénle, porque  
tengo de ir hasta mi  
quinta yo.  
BARQUERO. ¿Ha de ser luego?  
DON LOPE. Pues ¿no?  
BARQUERO. Al momento le  
prevengo. (*Vase.*)

### Escena X

DON LUIS, *que sale leyendo un papel* -  
DON LOPE. DON LUIS. (*Para sí.*) Otra vez  
quiero leer  
letras de mi vida jueces;  
porque ya es placer dos  
veces  
el repetido placer.  
(*Lee.*)  
«Esta noche va el rey a  
la quinta: entre la gente  
podéis venir disimulado,  
donde habrá ocasión  
para  
que acabemos, vos de  
quejaros, y yo de  
disculparme. Dios os  
guarde. -Leonor.»  
¡Que no haya un barco

en que pueda  
pasar! ¡Oh suerte  
importuna!  
¡Plegue a Dios que la  
fortuna  
nunca un gusto me  
conceda!

DON LOPE.

(Ap.) Leyendo viene un  
papel  
quien mi venganza  
previene.

¿Y quién dudará que  
viene  
leyendo mi afrenta en  
él?

¡Qué cobarde es el  
honor!

Nada escucho, nada veo  
que ser mi pena no creo.

DON LUIS.

DONLOPE. (Ap.)

(Ap.) Don Lope es éste.  
Rigor,  
disimulemos, y dando  
rienda a toda la pasión,  
esperemos ocasión  
sufriendo y disimulando;  
y pues la serpiente  
halaga con pecho de  
ofensas lleno, yo, hasta  
verter mi veneno, es  
bien que lo mismo  
haga.) En muy poco,  
caballero, mi  
ofrecimiento estimáis,  
pues que nada me  
mandáis, cuando  
serviros espero. Yo  
quedé tan obligado de  
vuestra gran cortesía,  
discreción y valentía,  
que en Lisboa os he  
buscado para que a  
vuestro valor servir mi  
espada pudiera, cuando  
otra vez pretendiera  
vengarse el competidor,  
que aquí os busca  
aventajado, y tanto, que  
desta suerte pretende  
daros la muerte cuando  
estéis más descuidado.

DON LUIS.

Yo, señor don Lope,  
estimo merced que  
pagar espero; mas hoy,  
como forastero, a  
pediros no me animo  
que en esta ocasión me  
honréis, por no  
empeñaros, señor, con  
ese competidor de quien  
vos me defendéis: fuera  
de que ya los dos que  
estamos amigos creo;

pues ya le hablo y le veo del modo que estoy con vos.

DON LOPE. Créolo; pero mirad vuestro riesgo con cuidado; que amistad de hombre agraviado no es muy segura amistad.

DON LUIS. Yo, al contrario, siento y digo cuando su amistad procuro, ¿de quién no estaré seguro, si lo estoy de mi enemigo?

DON LOPE. Aunque argüiros podía con razón o sin razón, seguid vos vuestra opinión, que yo seguiré la mía. Y decidme, ¿qué buscáis por aquí?

DON LUIS. Un barco quisiera; en que hasta la quinta fuera del rey.

DON LOPE. A tiempo llegáis: que os podré servir creed, que ya le tengo fletado.

DON LUIS. Ocasión la gente ha dado a recibir tal merced, que siendo tanta, no ha habido en qué pasar; y yo quiero ver facción que considero que otra vez no ha sucedido.

DON LOPE. Pues conmigo iréis. (*Ap.* Llegó la ocasión de mi venganza.)

DON LUIS. (*Ap.*) ¿Cuál hombre en el mundo alcanza mayor ventura que yo?

DON LOPE. (*Ap.*) A mis manos ha venido, y en ellas ha de morir.

DON LUIS. (*Ap.*) ¡Que me viniese a servir de tercero su marido!

### Escena XI

EL BARQUERO. -DON LOPE, DON LUIS.

BARQUERO. Ya el barco ha llegado.

DON LOPE. (*Albarquero.*) Entrad vos en el barco primero, porque yo a un criado espero. Pero no, vos le esperad, pues conocéis al criado; que al barco nos vamos ya.

BARQUERO. No entréis en él, porque está solo y a una cuerda

atado, que no estará  
muy segura.  
DON LOPE. Buscad al criado vos,  
que allí esperamos los  
dos.  
DON LUIS. (Ap.) ¿Quién ha visto  
igual ventura? Él me  
lleva desta suerte  
adonde a su honor me  
atrevo.  
DON LOPE. (Ap.) Yo desta suerte le  
llevo  
donde le daré la muerte.  
(*Vanse los dos.*)  
BARQUERO. El criado no vendrá en  
mil horas, según creo.  
Mas ¿qué es aquello que  
veo? ¡Desasido el barco  
está, rompida la cuerda!  
Dios sólo los puede  
librar; que sin duda que  
en el mar tendrán  
sepulcro los dos. (*Vase.*)

*Otro punto de la playa a vista de la quinta de Don Lopa*

## Escena XII

MANRIQUE, SIRENA.  
MANRIQUE. Sirena, cuyo mirar  
suspende, enamora,  
encanta,  
¿vienes acaso a  
escuchar  
a su orilla cómo canta  
la sirena de la mar?  
Oye un soneto oportuno,  
heroico, grave y  
discreto:  
no te parezca  
importuno,  
porque éste es el un  
soneto  
de los mil y ciento y uno.  
(*Saca Manrique un pape  
ly lee.*)  
«Cinta verde, que en  
término sucinta,  
su cinta pudo hacerte  
aquel Dios tinto  
en sangre, que gobierna  
el globo quinto,  
para que Venus  
estuviese en cinta:  
La primavera tus  
colores pinta,  
por quien yo traigo en  
este laberinto,  
tamaño como pasa de  
Corinto,  
el corazón, más negro

que la tinta.  
Hoy tu esperanza a mi  
temor junte,  
porque en su verde y  
amarillo tinte  
amor flemas y cóleras  
barrunte;  
que como a mí de su  
color me pinte,  
no podrá hacer, aunque  
en arpón me apunte,  
que mi esperanza no se  
encaraminte.»

SIRENA.

¡ Qué lindo soneto has  
hecho! Pero enseña a  
ver si es verde la cinta.

MANRIQUE.

(Ap. En bien se me  
acuerde lo que la cinta  
se ha hecho. ¡Ah! Sí.)  
Estaba cierto día junto  
al Tajo, en su frescura  
contemplando tu  
hermosura, Sirena, y la  
dicha mía. Saqué  
aquella cinta bella para  
aliviar mi esperanza, y  
culpando tu mudanza,  
empecé a llorar con ella.  
Besábala con placer, y  
un águila que me vio  
llegarla al labio, pensó  
que era cosa de comer.  
Bajó de una piedra viva,  
y con gran resolución  
arreatóme el listón, y  
volvió a subir arriba. Yo,  
aunque con gran  
ligereza subir a su nido  
quiero, no pude hallar  
un caldero que ponerme  
en la cabeza. Con esta  
ocasión se pierde de tu  
listón la memoria. Ésta  
es, Sirena, la historia  
llamada la cinta verde.

SIRENA.

Pues óyeme lo que a mí  
después acá me pasó.  
Estando en el campo yo,  
volar un águila vi,  
que era la misma; pues  
viendo  
no ser cosa de comer,  
la cinta dejó caer  
junto a mí; y yo,  
acudiendo  
a ver lo que había caído,  
hallé entre las flores  
puesta  
la cinta; mira si es ésta.

MANRIQUE.

¡Notable suceso ha sido!

SIRENA.

Más notable será ahora  
la venganza.

MANRIQUE.

Mejor es

dejarlo para después,  
que sale al campo  
señora. (*Vase.*)

### Escena XIII

DOÑA LEONOR. -SIRENA.

DOÑA LEONOR.

Sirena.

SIRENA.

Señora.

DOÑA LEONOR.

Mucha

es mi tristeza.

SIRENA.

Pues ¿no  
sabré qué es la causa  
yo?

DOÑA LEONOR.

Ya la sabes; pero  
escucha. Desde la noche  
triste que en tantas  
confusiones, abrasada  
Troya a mi casa viste,  
quedando yo de todos  
disculpada, don Juan  
más engañado, libre don  
Luis, don Lope  
asegurado; después que  
por la ausencia que  
quiere hacer, en esta  
hermosa quinta adonde  
la excelencia de la  
naturaleza borda y pinta  
campana y monte altivo,  
más estimada de don  
Lope vivo; perdí, Sirena,  
el miedo que a mi propio  
respeto le tenía; pues si  
escaparme puedo de  
lance tan forzoso, la  
osadía ya sin freno me  
alienta; que peligro  
pasado no escarmienta.  
A aquesto se ha llegado  
ver a don Lope más  
amante ahora; porque  
desengañado, si algo  
temió, su desengaño  
adora, y en amor le  
convierte. ¡Oh cuántos  
han amado desta suerte!  
¡Oh cuántos han  
querido, recibiendo por  
gracias los agravios!  
Deste error no han  
podido librarse los más  
doctos, los más sabios;  
que la mujer más  
cuerda, de haber  
amado, amada no se  
acuerda. Cuando don  
Luis me amaba, pareció  
que a don Luis  
aborrecía; cuando sin  
culpa estaba, pareció  
que temía; y ya (¡qué  
loco extremo!) ni amo

querida, ni culpada  
temo; antes amo  
olvidada y ofendida,  
antes me atrevo, cuando  
estoy culpada, y pues  
para mi vida hoy sigue  
al rey don Lope en la  
jornada, escribo que don  
Luis a verme venga, y  
tenga fin mi amor,  
porque él le tenga.

#### Escena XIV

DONJUAN. -DICHAS.

DON JUAN. (Ap.) ¡No sé cómo el  
corazón tan grandes  
rigores sufre, sin que se  
rinda a los golpes de  
una y otra pesadumbre!

DOÑA LEONOR. Señor don Juan, pues  
¿no viene con vos don  
Lope?

DON JUAN. No pude  
esperarle, aunque él me  
dijo que antes que en el  
mar sepulte el sol sus  
rayos, vendrá.

DOÑA LEONOR. ¿Cómo puede, si ya  
cubren al mundo pálidas  
sombras, y al cielo  
lóbregas nubes?

DON JUAN. A mí me tuvo violento  
un gran disgusto que  
tuve, y esperar no puede  
a nadie el que de sí  
mismo huye.

DON LUIS. (Dentro.) ¡Válgame el  
cielo!

DOÑA LEONOR. ¿Qué voz  
tan lastimosa discurre  
el viento?

DON JUAN. En tierra no hay nadie.

DOÑA LEONOR. En las ondas se  
descubre del mar un  
bulto, que ya siendo  
trémulas las luces del  
día, no se determina  
quién es.

DON JUAN. Osado presume  
escaparse; pues parece  
que hacia nosotros le  
induce piedad del cielo.  
Lleguemos donde  
valientes le ayuden  
nuestros brazos. (Vase.)

#### Escena XV

DONLOPE. -DICHOS.

DON LOPE. (Dentro.) ¡Ay de mí!

DON JUAN. *(Dentro.)* ¡Llega!

DON LOPE. *(Dentro.)* ¡Oh, tierra,  
patria dulce del hombre!

*(Vuelve Don Juan y con él sale Don Lope, mojado y con una daga en la mano.)*

DON JUAN. ¡Qué es lo que veo! ¡Don Lope!

DOÑA LEONOR. ¡Esposo!

DON LOPE. No pude hallar puerto más piadoso, que el que en tal favor acude a mi fatiga. ¡Oh Leonor! ¡Oh mi bien!, no es bien que dude que el cielo me ha prevenido con sus favores comunes tan grande dicha, en descuento de tan grande pesadumbre. ¡Amigo!

DON JUAN. ¿Qué ha sido esto?

DON LOPE. La mayor lástima incluye aquesta ventura mía, que vio el mundo,

DOÑA LEONOR. Como ayude el cielo mis esperanzas, y vivo estéis, no hay quien culpe a la fortuna, aunque usase de su trágica costumbre.

DON LOPE. Hablé al rey, busquéos a vos, y como hallaros no pude, fleté un barco. Estando ya para hacer que el agua surque. a mí un galán caballero, cuyo nombre apenas supe, (que pienso que era un don Luis de Benavides) acude diciéndome que por ser forastero, a quien se suple un cortés atrevimiento, me ruega que no le culpe el pedirme que en el barco le traiga; que es bien procure ver en la quinta del rey la gente cuando se junte. Obligóme a que le diese un lugar; y apenas hube

entrado con él, y el  
barco  
de los dos el peso sufre  
(que el barquero aún no  
había entrado),  
cuando al cabo, a quien  
le pudren  
las mismas aguas del  
mar,  
falta, porque le recude  
una onda reciamente,  
a cuyo golpe no pude  
resistir, aunque tomé  
los remos. Al fin no tuve  
fuerza, y los dos en el  
barco  
entrando por las azules  
ondas del mar,  
padecemos  
mil saladas inquietudes.  
Ya de los montes de  
agua ocupé las altas  
cumbres, ya en bóveda  
de zafir sepulcro en sus  
arcos tuve; al fin guiado  
a esta parte, a vista ya  
de las luces de tierra,  
chocando el barco, de  
arena y agua se cubre.  
El gallardo caballero, a  
quien yo librar no pude,  
por apartarnos la fuerza  
del golpe, sin que se  
ayude a sí mismo, se  
rindió al mar, donde le  
sepulte su olvido.

DOÑA LEONOR.

¡Ay de mí ! (*Cae  
desmayada.*)

DONLOPE.

¡Leonor,  
mi bien, mi esposa, no  
turbes tu hermosura!  
¡Ay cielo mío! Un hielo  
manso discurre por el  
cristal de sus manos.  
¡Ay, don Juan!, la  
pesadumbre de verme  
así, no fue mucho que la  
rindiese: no sufren  
corazones de mujer que  
estas lástimas escuchen.  
Llevala al lecho los  
dos. (*Llévanla entre Don  
Juan y Sirena.*)

#### **Escena XVI**

DON LOPE.

¡Qué bien en un hombre  
luce que callando sus  
agravios, aun las  
venganzas sepulte!  
Desta suerte ha de  
vengarse quien espera,  
calla y sufre. Bien

habemos aplicado,  
honor, con cuerda  
esperanza, disimulada  
venganza a agravio  
disimulado. ¡Bien la  
ocasión advertí cuando  
la cuerda corté, cuando  
los remos tomé para  
apartarme de allí,  
haciendo que pretendía  
acercarme! Y ¡bien  
logré mi intento, pues  
me maté al que  
ofenderme quería  
(testigo es este puñal),  
al agresor de mi afrenta,  
a quien di en urna  
violenta monumento de  
cristal! ¡Bien en la tierra  
rompí el barco, dando a  
entender que esto pudo  
suceder sin sospecharse  
de mí! Pues ya que  
conforme a ley de  
honrado, maté primero  
al galán, matar espero a  
Leonor: no diga el rey,  
viendo que su sangre  
esmalta el lecho que aún  
no violó, que no vaya,  
porque yo en mi casa no  
haga falta. Pues esta  
noche ha de ver el fin de  
mi desagravio, medio  
más prudente y sabio  
para acabarlo de hacer.  
Leonor (¡jay de mí!),  
Leonor, bella como  
licenciosa, tan infeliz  
como hermosa, ruina  
fatal de mi honor;  
Leonor, que al dolor  
rendida, y al  
sentimiento postrada,  
dejó la muerte burlada  
en las manos de la vida,  
ha de morir. Mis  
intentos sólo los he de  
fiar, porque los sabrán  
callar, de todos cuatro  
elementos. Allí al agua y  
viento entrego la media  
venganza mia; y aquí la  
otra mitad fia mi dolor  
de tierra y fuego; pues  
esta noche mi casa  
pienso intrépido  
abrasar. Fuego al cuarto  
he de pegar, y yo, en  
tanto que se abrasa,  
osado, atrevido y ciego  
la muerte a Leonor  
daré, porque presuman

que fue sangriento  
verdugo el fuego.  
Sacaré acendrado dél el  
honor que me ilustró, ya  
que la liga ensució una  
mancha tan cruel; y en  
una experiencia tal, por  
los crisoles no ignoro  
que salga acendrado el  
oro sin aquel bajo metal  
de la liga que tenía y su  
valor deslustraba. Así el  
mar las manchas lava de  
la gran desdicha mía: El  
viento la lleve luego  
donde no se sepa della:  
La tierra ande por no  
vella, y cenizas la haga  
el fuego; porque así el  
mortal aliento, que a  
turbar el sol se atreve,  
consume, lave, arda y  
lleve tierra, agua, fuego  
y viento. (*Vase.*)

#### **Escena XVII**

EL REY, EL DUQUE DE BERGANZA.  
ACOMPÑAMIENTO.

DUQUE. Pensando el mar que  
dormía segundo sol en  
su esfera, mansamente  
retrató a sus ondas las  
estrellas.

REY. Vine, duque, por el mar;  
que aunque pude por la  
tierra, me pareció que  
tardaba, cuanto por aquí  
es más cerca. Y  
habiendo estado las  
aguas tan dulces y  
lisonjeras, que el cielo,  
Narciso azul, se vio  
contemplando en ellas,  
ha sido justo venir  
donde tantos barcos  
vea, cuyos fanales  
parecen mil abrasados  
cometas, mil alados  
cisnes, pues formando  
esta competencia, unos  
con las alas corren, y  
otros con los remos  
vuelan.

DUQUE. A todo ofrece ocasión la  
noche apacible y fresca.

REY. Entre la tierra y el mar  
deleitosa vista es ésta;  
porque mirar tantas  
quintas, cuyas plantas  
lisonjean ninfas del mar,  
que obedientes con  
tanta quietud las

cercan, es ver un monte portátil, es ver una errante selva; pues vistas dentro del mar, parece que se menean. Adiós, dulce patria mía, que en él espero que vuelva (puesto que es la causa suya), donde ceñido me veas de laurel entrar triunfante de mil victorias sangrientas, dando a mi honor nueva fama, nuevos triunfos a la Iglesia, que espero ver...

(*Voces dentro.*) ¡Fuego, fuego!

REY. ¿Qué voces, duque, son éstas?

DUQUE. Fuego, dicen; y hacia allí la quinta, que está mas cerca. Y si no me engaño, es la de don Lope de Almeida, se está abrasando.

REY. Ya veo en ímpetu salir della, hecha un volcán de humo y fuego, las nubes y las centellas. Grande incendio, al parecer, de todas partes la cerca: parece imposible cosa que nadie escaparse pueda. Acerquémonos a ver si hay contra el fuego defensa.

DUQUE. ¡ Señor! ¿Tal temeridad?

REY. Duque, acción piadosa es ésta, no temeridad.

### Escena XVIII

DON JUAN, *medio desnudo.* -DICHOS.

DON JUAN. Aunque cenizas mi vida sea, he de sacar a don Lope, que es su cuarto el que se quema.

REY. Detened aquese hombre.

DUQUE. Desesperado, ¿qué intentas?

DON JUAN. Dejar en el mundo fama de una amistad verdadera. Y pues que presente estás, es bien que la causa sepas.

Apenas, oh, gran señor,  
nos recogimos, apenas,  
cuando en un punto, un  
instante, creció el fuego  
de manera, que parece  
que tomaba venganza  
de su violencia. Don  
Lope de Almeida está  
con su esposa, y yo  
quisiera librarlos.

### Escena XIX

MANRIQUE. -DICHOS.

MANRIQUE.

Echando chispas, como  
diablo de comedia, salgo  
huyendo de mi casa, que  
soy desta Troya Eneas.  
Al mar me voy a arrojar,  
aunque menor daño  
fuera quemarme, que  
beber agua.

### Escena XX

DON LOPE, *medio desnudo, que saca a DOÑA  
LEONOR, muerta.*

DICHOS.

DON LOPE.

¡Piadosos cielos,  
clemencia, porque,  
aunque arriesgue mi  
vida, escapar la suya  
pueda! ¡Leonor!

REY.

¿Es don Lope?

DONLOPE.

Yo  
soy, señor, si es que me  
deja el sentimiento, no  
el fuego, alma y vida,  
con que pueda  
conoceros, para  
hablaros, cuando vida y  
alma atentas a esta  
desdicha, a este  
asombro, a este horror,  
a esta tragedia, yacen  
postradas y mudas. Esta  
muerta beldad, esta flor  
en tanto fuego helada,  
que sólo el fuego  
pudiera  
abrasarla, que de  
envidia  
quiso que no  
resplandezca,  
ésta, señor, fue mi  
esposa,  
noble, altiva, honrada,  
honestas,  
que en los labios de la  
fama

deja esta alabanza  
eterna.  
Ésta es mi esposa, a  
quien yo  
quise con tanta ternura  
de amor, porque sienta  
más  
el no verla y el perderla  
con una tan gran  
desdicha,  
como en vivo fuego  
envuelta,  
en humo denso  
anegada;  
pues cuando librarla  
intenta  
mi valor, rindió la vida  
en mis brazos. ¡Dura  
pena!  
¡Triste horror! ¡Fuerte  
suceso!  
Aunque un consuelo me  
deja,  
y es, que ya podré  
serviros;  
pues libre desta manera,  
en mi casa no haré falta.  
Con vos iré, donde  
pueda  
tener mi vida su fin,  
si hay desdicha que fin  
tenga.  
Y vos, valiente don Juan,  
(Ap. a él)  
decid a quien se  
aconseja  
con vos, cómo ha de  
vengarse  
sin que ninguno lo sepa;  
y no dirá la venganza  
lo que dijo la alienta.  
¡Notable desdicha ha  
sido!  
Pues óigame Vuestra  
Alteza aparte; porque es  
razón que sólo este caso  
sepa. Don Lope  
sospechas tuvo, que  
pasaron de sospechas y  
llegaron a verdades; y  
en resolución tan  
cuerda, por dar a  
*secreto agravio* también  
*venganza secreta*, al  
galán mató en el mar,  
porque en un barco se  
entra con él sólo: así el  
secreto al agua y fuego  
le entrega, porque el  
que supo el agravio sólo  
la venganza sepa.

REY.

DON JUAN.

REY.

Es el caso más notable

DON JUAN.

que la antigüedad  
celebra; porque secreta  
venganza requiere  
secreta ofensa.  
Ésta es verdadera  
historia del gran don  
Lope de Almeida, dando  
con su admiración fin a  
la tragicomedia.

Fablen de «A secreto agravio, secreta venganza».